

Complejidades de una paradójica polémica: estructuralismo versus instrumentalismo¹

por Mabel Thwaites Rey

Introducción

El propósito de este capítulo es analizar el aporte realizado por dos autores centrales en el desarrollo de la problemática del Estado en el marxismo: Ralph Miliband y Nicos Poulantzas, así como el rico debate que ambos entablaron en los años setenta del Siglo XX y que se conoció como “instrumentalismo” versus “estructuralismo”.

“Como nunca antes, los hombres viven hoy a la sombra del Estado”. Con estas palabras inicia Ralph Miliband* la introducción a su libro *El Estado en la sociedad capitalista*, publicado en Londres a comienzos de 1969 y con prólogo fechado en julio de 1968, poco después de los sucesos del mayo francés. El libro de Miliband da cuenta de las características que asumió el modelo de Estado Benefactor en el occidente capitalista desarrollado, así como de los límites y desafíos que su implantación supuso para la transformación revolucionaria. Pocos meses antes, Nicos Poulantzas** edita en París su obra *Poder político y clases sociales*,¹ en la que también se delimitan los contornos de la dominación estatal.

Aparecidos estos trabajos, entre 1969 y 1976 se da entre ambos autores una interesante polémica en las páginas de la revista inglesa *New Left Review*, y se abre todo un campo de nuevos estudios, críticas y revisiones teóricas sobre el Estado capitalista. Como señala Tarcus, la obra de cada uno y el intercambio entre estos autores “*cierra un ciclo de largo silencio en la producción teórica marxista sobre el Estado desde los tiempos de Lenin, Trotsky y Max Adler, sólo interrumpido por la solitaria labor de Gramsci*” (1991: 7).²

Este debate entre Miliband y Poulantzas, convertido en un punto de referencia obligado para la teorización subsiguiente sobre el Estado capitalista (Hall, 1980; Barrow, 2007) trascendió en el mundo académico con la simplificada etiqueta de “instrumentalismo versus estructuralismo”. Ubicar su contexto es útil no sólo para entender el significado específico que tuvo en el momento en que se produjo, sino para

¹ La versión original en francés lleva como subtítulo *Del estado capitalista*. En castellano se tradujo como “*Poder político y clases sociales en el Estado capitalista*”.

precisar los alcances de los aportes que cada uno de sus protagonistas hizo a la comprensión de la naturaleza del Estado capitalista contemporáneo. Y para juzgar su validez en un tiempo histórico que, a diferencia de aquel de los años setenta en el que la crítica al Estado capitalista se ligaba a un horizonte socialista superador, está signado por la degradación que el neoliberalismo impuso a escala planetaria. Pero también por una nueva etapa en América latina en la que la discusión sobre el Estado recobra significación política.

Cada relectura que se hace de un autor o de una problemática teórica determinados carga, ineludiblemente, con el peso de la mirada epocal desde donde se efectúa esa “visita”. El significado, entonces, puede ser diverso si se cambia la perspectiva de análisis. Desde los albores del nuevo milenio, la recuperación de los aportes de Miliband y Poulantzas tiene un sentido específico: vislumbrar la tensión entre dos tradiciones que coexisten en el marxismo contemporáneo y rescatar lo más genuinamente iluminador de cada una de ellas. Si Miliband representa una línea que persigue dar una batalla intelectual y política que traspase los límites del marxismo y convenza con argumentos sólidos a los no convencidos, Poulantzas expresa la prioridad de saldar la discusión hacia el interior de las fronteras del marxismo y trazar una línea de acción coherente con los objetivos revolucionarios. Mientras Miliband pone todos sus recursos intelectuales al servicio de demostrar, con la contundencia de los hechos, los males de la dominación en el capitalismo, Poulantzas intenta construir una explicación teórica rigurosa y autosustentable sobre la naturaleza del Estado capitalista, más allá de los hechos puntuales en los que se encarna. Si el primer Poulantzas aspira a traducir los debates estratégicos del comunismo europeo en sofisticados términos teóricos, Miliband pretende hacer del socialismo el “sentido común” de su época, capaz de llegar a amplios sectores de la sociedad. Ambos, sin embargo, persiguieron hasta el fin de sus respectivas vidas el objetivo de construir un socialismo democrático.

Los tiempos del debate

El Estado Benefactor

² *Debates sobre el Estado Capitalista, Miliband, Poulantzas y Laclau, Estudio preliminar* de Horacio Tarcus, Ediciones Imago Mundi, Buenos Aires, 1991.

Durante los años sesenta y setenta, Miliband y Poulantzas reflexionaron sobre las características que había adoptado la dominación capitalista modelada por la intervención estatal de tipo keynesiano-benefactor. Sus primeros libros se gestaron al tiempo que maduraba un período de gran activación política y social, que tuvo en el mayo francés de 1968 su expresión más emblemática. Movilizaciones estudiantiles, huelgas y protestas obreras sacudieron a la mayoría de las ciudades importantes de Europa, incluidas la Praga del “oriente socialista”, y también de Asia y de América latina. El mundo se agitaba y en el horizonte parecía posible, una vez más en el convulsionado siglo XX, trascender el capitalismo para construir alternativas socialistas.

Así describe Miliband ese tiempo: “Un profundo malestar, un universal sentimiento de posibilidades individuales y colectivas que no se han realizado, penetra y corroe toda sociedad capitalista avanzada. No obstante todo lo que se ha dicho acerca de la integración, del aburguesamiento y de todo lo demás, ese sentimiento nunca ha sido mayor que ahora, y nunca antes, en la historia del capitalismo avanzado, hubo un tiempo en que más personas se dieran más perfecta cuenta de la necesidad del cambio y de la reforma. Tampoco ha habido un tiempo en que más hombres y más mujeres, aunque no las muevan intenciones revolucionarias, se hayan mostrado más decididos a obrar en pro y en defensa de sus intereses y expectativas. El blanco inmediato de sus demandas tal vez sean patronos o autoridades universitarias o partidos políticos. Pero (...) el Estado es aquello con lo que los hombres tropiezan constantemente en sus relaciones con otros hombres, hacia el Estado se ven llevados cada vez más a dirigir su presión; y del Estado esperan obtener el cumplimiento de sus esperanzas” (Miliband 1988: 259).

El corolario de esta reflexión -que sintetiza el “clima de época”- es que la cuestión del Estado “realmente existente” en el capitalismo, devenía crucial para la teoría y la práctica revolucionarias. Desentrañar su naturaleza y características, entonces, era un imperativo político de primer orden para quienes apostaban a una transformación social profunda, que trascendía en mucho el propósito académico de aportar a su comprensión en términos teóricos. Las dos obras que volverían a poner en el centro del debate la cuestión clave del poder y el Estado en el marxismo no fueron producidas por dirigentes políticos, sino por sendos profesores universitarios, que siguieron las reglas de la producción académica antes que las urgencias de las prácticas organizadas e inmediatas de los sectores populares. En esta circunstancia, podría señalarse una cierta continuidad con la tradición del marxismo occidental posterior a los años veinte, caracterizada por Anderson (1979) por su distancia con las prácticas políticas concretas y significativas. Sin

embargo, el hecho mismo de que Miliband y Poulantzas reflexionaran específicamente sobre el Estado es un dato en sí mismo relevante e ilustrativo de los cambios en el ciclo histórico que se habían producido en la segunda mitad del siglo XX. En tanto la transformación revolucionaria reaparecía en la lucha política de las sociedades de occidente, el poder político, los aparatos estatales, en suma, el Estado, volvían a estar en el orden del día.

Para Anderson, el divorcio entre teoría y práctica que signó al marxismo desde la muerte de Lenin, en 1924, estuvo determinado por toda una época histórica. El reflujo de los levantamientos revolucionarios después de 1920, sumado a la estalinización de los partidos comunistas, volvió imposible una genuina labor teórica dentro de la política, circunstancia que, a su vez, contribuyó a impedir los procesos revolucionarios. La falta de un desarrollo teórico marxista en este campo no sólo era consecuencia, para el autor británico, de los efectos del fascismo o de las restricciones del comunismo de posguerra: era tributaria de una etapa de consolidación sin precedentes del capital en todo el mundo industrial avanzado. Durante las décadas que siguieron a la Segunda Guerra mundial se produjo un crecimiento económico extraordinario, basado en el consumo masivo y el pleno empleo, entrelazado con la consolidación del sistema democrático representativo. Esto posibilitó, por primera vez en la historia del capitalismo, la emergencia de un “compromiso” estable entre capital y trabajo. Como señalan Pzeworski y Wallerstein (1987), se configura una suerte de pacto por el cual, mientras quienes poseían los medios de producción otorgaban beneficios materiales –vía el sistema democrático- a quienes no los poseían, éstos aceptaban no impugnar el orden social. Sobre el trasfondo de este desarrollo económico y de la Guerra Fría, se va armando en Occidente una especie de consenso político que proclama el “fin de las ideologías” y se concentra en gestionar y perfeccionar las instituciones de la democracia burguesa existentes. El Estado, como expresión máxima de las relaciones de poder, desde el punto de vista de los teóricos burgueses no tenía más significación y, tras los liminares aportes de Max Weber en las primeras dos décadas del siglo XX, no había vuelto a ser objeto de reflexión sistemática. En el campo marxista, sólo el trabajo de Gramsci quiebra la marcada ausencia de profundización teórica sobre la cuestión estatal.

La nueva izquierda

La polémica entablada entre Miliband y Poulantzas se recorta sobre el telón de fondo de los intensos debates que tuvieron lugar en el seno de la izquierda en los años sesenta y setenta. La llamada *Nueva Izquierda* (NI), con presencia en gran parte de Europa y Estados Unidos, en Gran Bretaña había adquirido las características de un ambicioso agrupamiento de ex comunistas, socialistas académicos y activistas, contrarios tanto al autoritarismo soviético como a la cautela de los partidos socialdemócratas. La recepción de Althusser y Poulantzas en Gran Bretaña viene de la mano de los editores de la *New Left Review*, dirigida por Perry Anderson, y puede ser vista, en cierto sentido, como una forma de saldar cuentas entre las distintas corrientes que encarnaban trayectorias y perspectivas diversas dentro de ese amplio conglomerado de izquierda. Cuando en 1967 se publica por primera vez en la NLR un trabajo del “joven filósofo griego residente en París” –Poulantzas-, los editores incluyen una nota introductoria en la que refieren a la necesidad de superar el “provincianismo” en el que consideraban que había caído el debate marxista desde los años 20. Trasponer los límites nacionales y recuperar la tradición internacionalista del movimiento socialista resultaba, para la NLR, una precondition absoluta del trabajo teórico del marxismo.³ Esta misma noción de trascender los bordes de cada país era compartida por Poulantzas: “es conocido el provincianismo de la vida intelectual francesa, una de cuyas consecuencias, y no la menor, consiste en derribar frecuentemente puertas abiertas, es decir, creer serenamente en la originalidad de una producción teórica cuando se encuentra ya mucho más elaborada en autores extranjeros” (Poulantzas 1971: 11).

En una interesante cronología sobre la Nueva Izquierda occidental, Meiskins Wood (1995) señala 3 años clave que la marcan como corriente: 1956, con la invasión soviética a Hungría y la ocupación del Canal de Suez por las tropas británicas y francesas; 1968, signado por los sucesos del mayo francés; y 1989, el año de la caída del muro de Berlín y el colapso del comunismo. Desde la búsqueda de un tercer camino entre el estalinismo y la socialdemocracia, hasta las políticas de identidad y la problemática del discurso, pasando por los movimientos anti-guerra y estudiantiles, el maoísmo occidental, el eurocomunismo y los nuevos movimientos sociales; desde el marxismo socialista-humanista a la posmodernidad, pasando por el althusserianismo, el post-estructuralismo y el post-modernismo, la noción de *Nueva Izquierda* se dibuja en un entramado de luchas políticas y apasionados debates teóricos.

³ New Left Review 1/43, May-June 1967.

Esta Nueva Izquierda se expresa en Gran Bretaña en dos generaciones diferenciadas, la más joven de las cuales se muestra más distante que su antecesora de las formas tradicionales de activismo clasista, y está más claramente comprometida con una práctica eminentemente intelectual y cultural. No obstante, la era de la segunda Nueva Izquierda fue también un período en el cual la larga declinación de la militancia socialista y aún de la lucha de clases empezaba a experimentar un cambio. La década que va de mediados de los sesenta a mediados de los setenta aparecía como un tiempo de renovación, con estallidos de rebelión estudiantil, el resurgimiento de la militancia de la clase trabajadora y aún la esperanza de la revolución socialista, asociada con el renacer del pensamiento radical, incluido el marxismo revolucionario (Meiskins Wood 1995: 22-23).

En rigor, con el término *Nueva Izquierda* se englobó a un amplio espectro de formaciones políticas surgidas en varios países. Pero aunque todas estas formaciones tuvieron varios aspectos en común, Meiskins Wood (1995) señala que lo que hizo de la Nueva Izquierda algo “nuevo” fue, sobre todo, su disociación de las formas tradicionales de hacer política de las viejas izquierdas, tanto del estalinismo comunista como de la socialdemocracia. Más particularmente, todos los grupos incluidos en esta denominación compartieron un compromiso con las luchas emancipatorias más amplias y diferenciadas de la lucha de clases tradicional, tales como las encarnadas por el movimiento estudiantil, el de oposición a la guerra de Vietnam o los de liberación de los negros (Meiskins Wood 1995: 24).

En Francia, desde el fin de la guerra, el debate anti-capitalista estuvo monopolizado por los comunistas y gran parte de la izquierda estuvo signada por la relación con el pro-soviético Partido Comunista Francés. Había, por consiguiente, poco espacio para los revolucionarios independientes. El aislamiento tuvo dos consecuencias contradictorias: por una parte, la falta de acciones prácticas exitosas condujo a un mayor énfasis en las cuestiones teóricas y programáticas. Por la otra, la hostilidad del “mundo externo” llevó a los pequeños grupos de la izquierda radical a construir lazos de cooperación, más allá de sus diferencias políticas. Fue una clase de relación “dialéctica” entre división y reunión.

En torno a la revista *Socialismo y Barbarie*, creada en 1949 por Cornelius Castoriadis y Claude Lefort,⁴ se aglutinaron grupos trotskystas que debatían sobre el tipo

⁴ Enrolados en el movimiento trotskysta, sus seudónimos fueron Pierre Chaulieu y Claude Montal, respectivamente. Castoriadis, que había sido miembro del PC, creía en la necesidad de organizar un partido de

de relación que debían establecer con la clase obrera: el tema de la vanguardia fue objeto de profunda discusión en las páginas de la revista. A partir de 1956, figuras como Jean Paul Sartre y Simone de Beauvoir, enroladas en el existencialismo, atraeron fuertemente la atención de los descontentos con el estalinismo. La revista *Les Temps modernes*, que la pareja fundó en 1946 junto a Maurice Merleau-Ponty, fue un referente clave de esa corriente. Hacia mediados de los sesenta, en el seno del PCF fermentaban interesantes debates que fueron, sin embargo, reprimidos por la dirección (Ross y Jenson 1988). Por otro lado, surgían nuevas críticas y perspectivas de la mano de referentes de la filosofía y el psicoanálisis, como Althusser, Lacan, Foucault y Derrida, que introdujeron otros debates en el seno del marxismo y, aunque de manera más compleja, sus simpatías por la revolución cultural china impulsada por Mao Tse Tung. La postura de Althusser, quien aún perteneciendo al PCF deploraba la gran miseria teórica del movimiento obrero francés y proponía como tarea para los intelectuales comunistas devolverle a la teoría marxista su rigor científico, cosechó cada vez más adeptos entre los estudiantes. Publicaciones como los *Cuadernos Marxistas Leninistas*, que a fines de 1964 editaba un grupo de alumnos de la Escuela Normal Superior⁵ seguidores de Althusser,⁶ son ejemplos de la ebullición intelectual francesa de ese tiempo.

En Gran Bretaña, el desarrollo de la Nueva Izquierda estuvo marcado por hitos institucionales que tomaron la forma de revistas influyentes, cuyos cambios de contenido y estilo registran la trayectoria de ese movimiento a través de sus varias transformaciones. Aunque no se puede extrapolar ni generalizar la experiencia británica, ésta ofrece un particularmente bien documentado registro de la transición de la vieja a la nueva izquierda y, en los debates públicos entre una generación con la siguiente, dan un elocuente testimonio de los cambios en la izquierda occidental desde 1956 (Mesikins Wood). En 1957 aparece la revista *The New Reasoner*, fundada por los comunistas

la clase obrera. Lefort, en cambio, siempre renegó de la afiliación partidaria y propuso un camino de organización independiente. Por esos años, *Socialismo y Barbarie* impulsó el trabajo de base en las fábricas, y logró cierto arraigo en la automotriz Renault. En 1958 el grupo de Lefort dejó la revista y armó la publicación *Informations et Correspondance Ouvrières* (ICO), que salió hasta 1973. Una nueva fracción se produjo en 1963, y se creó *Pouvoir Ouvrier*, que se sostuvo hasta 1969. *Socialismo y barbarie* dejó de salir en 1967 (Marcel van der Linden, 1997).

⁵ Esta publicación, de inspiración althusseriana en el plano teórico, al principio no era pro-china como lo fue luego, ni tampoco se situaba en "la línea del Partido". Tomaba posiciones políticas globalmente izquierdistas y favorables a las posturas de Cuba, mientras defendía la teoría marxista contra cualquier contaminación de la ideología humanista.

⁶ Se trata del llamado círculo de la calle Ulm –donde tenía su despacho Althusser- de la Unión de Estudiantes Comunistas (UEC) de la École Normale Supérieure (ENS), un pequeño cenáculo de intelectuales que preparaban sus armas teóricas, que no participaba en las luchas de tendencias dentro de la UEC ni se preocupaba tampoco por movilizar a los estudiantes para la lucha política (Véase Joaquín Salas Vara de Rey, 2006).

disidentes John Saville y E.P.Thompson, a los que se suma Ralph Miliband. En forma paralela, ese mismo año un grupo de jóvenes estudiantes y graduados de Oxford crean *The Universities and Left Review*. Bajo el liderazgo de Raphael Samuel, Stuart Hall, Charles Taylor y otros escritores y académicos no vinculados al PC, la ULR proveyó un foro vital para la izquierda independiente y activista (Kozak 1995).

En 1960, ambas revistas se fusionan y se crea *The New Left Review*, con Stuart Hall como editor. La amalgama se debió a que ambas revistas parecían apuntar al mismo público, estaban comprometidas en la búsqueda de una clase de lucha cultural que sentían que era especialmente urgente en las condiciones del capitalismo consumista y, además, las dos tenían problemas económicos y administrativos que complicaban su gestión. El foco político común para unir estas corrientes lo proveyó la Campaña por el Desarme Nuclear, el primer movimiento por la paz anti-nuclear. (Kozak 1995). Pero como destaca Meiskins Wood, los dos grupos llegaban a un proyecto en común no solo perteneciendo a distintas generaciones, sino desde direcciones sustancialmente diferentes, con la esperanza de convertir sus diferencias en complementariedad. Los jóvenes de la ULE estaban menos interesados en la historia y en las tradiciones de la izquierda internacional que en el rápido cambio de la sociedad inglesa, y más en las cambiantes experiencias culturales que en el activismo político.

Al grupo de *New Reasoner*, por su parte, le preocupaban menos los cambios culturales inmediatos en Gran Bretaña y estaba más arraigado en las líneas clásicas del marxismo internacional y del movimiento obrero, incluyendo la tradición radical británica. Miliband no había estado de acuerdo con la fusión de las revistas y pronto se notaron las tensiones entre las dos generaciones de miembros. Stuart Hall, que tuvo un duro trabajo para conciliar las perspectivas de tantos gurúes de izquierda, dejó la conducción en 1962. Gradualmente, la revista cambió. Se hizo de más difícil lectura, con menos artículos y más largos, más abstractos y con formato libro. Se eliminaron los artículos más ligeros, cortos y vinculados a la coyuntura británica, y ya no hubo lugar para la participación de la izquierda no académica en sus páginas, como sí lo había en *The New Reasoner*. Las diferencias en estilo y filosofía llevaron, finalmente, a la ruptura, concretada con el número de abril de 1964. Mientras Miliband y Saville fundan *Socialist Register*, un anuario que aún continúa bajo la dirección de Leo Panitch, la *NLR* consolida su fisonomía bajo el liderazgo de Perry Anderson, Robin Blackburn, Tom Nairn y otros (Kozak 1995).

Pensar el Estado desde el marxismo

En los años sesenta, la opinión prevaleciente era que Marx había dejado una teoría económica coherente y elaborada del modo capitalista de producción, expuesta en *El capital*, pero que no había desarrollado una teoría política semejante sobre las estructuras del Estado burgués, ni tampoco había diseñado una estrategia o táctica acabada de la lucha socialista revolucionaria para derrocarlas (Anderson 1979). Después de Lenin, sólo la obra gigantesca de Gramsci, elaborada sobre todo en sus años de cárcel y como una suerte de reflexión “en estado puro”, puede contarse como un activo teórico central sobre la cuestión del Estado. Sin embargo, los avatares de la producción gramsciana determinaron que su influencia efectiva no se hiciera sentir sino, precisamente, en los años sesenta, tres décadas después de su gestación. “Aunque la enorme inflación de los poderes y las actividades del Estado en las sociedades capitalistas avanzadas (...) se ha convertido en uno de los lugares comunes del análisis político, la paradoja notable es que el mismo Estado, como sujeto del estudio político, hace mucho tiempo que ha dejado de estar en boga” (Miliband 1988: 3).

Avanzar en el análisis de la “dimensión política” fue asumido como un imperativo de época por Miliband y también por Poulantzas. Pero ambos tenían propósitos inmediatos distintos, y partían de tradiciones intelectuales y estilos expositivos muy diferentes. Miliband buscaba, centralmente, desenmascarar a la visión del pluralismo democrático que dominaba los desarrollos de la ciencia política anglosajona y expandir el pensamiento socialista más allá de las fronteras de los ya convencidos.⁷ Por eso en su trabajo refuta las proposiciones de numerosos autores pluralistas y los confronta con abundantes datos empíricos provenientes de los países capitalistas avanzados. Pero además, con su trabajo apuntaba a desmentir cierta ilusión socialdemócrata de que al llegar al gobierno se alcanzaba el poder real del Estado para producir cambios revolucionarios. Finalmente, puede leerse en Miliband un objetivo implícito y sutil: afirmar la centralidad y vigencia del conflicto básico entre burguesía y clase trabajadora, frente a ciertas visiones de la Nueva Izquierda que privilegiaban los cambios culturales como explicativos de las transformaciones en el capitalismo avanzado.

Poulantzas, en cambio, confrontando con la concepción comunista ortodoxa del Capitalismo Monopolista de Estado (CME), se proponía construir teóricamente el concepto

de Estado capitalista como parte de la teoría más general del modo de producción capitalista⁸. La teoría del CME, en su forma más común, afirmaba que el Estado es un instrumento del capital monopólico en la era del imperialismo, es decir, el medio a través del cual se mantiene la dominación del capital sobre la sociedad civil. Este papel estatal es en sí mismo una expresión de la contradicción entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción, lo que representa la socialización de las últimas en respuesta a la socialización de las primeras, pero bajo el control del capital monopólico. La tarea revolucionaria del proletariado era, por ende, conducir una coalición de fuerzas democráticas que liberarían al Estado de este control y lo usarían como instrumento en la transición hacia el socialismo (Clarke 1977).

Frente a esta concepción sostenida por el PC francés, Poulantzas consideraba – en la senda del camino abierto por Althusser-, que la disputa en el plano de la teoría –que incluía la construcción de un andamiaje conceptual sólido, autónomo y lógicamente inexpugnable- era central para la lucha por el socialismo. Evitar la contaminación teórica con las perspectivas burguesas constituía, para los estructuralistas, una condición innegociable para hacer avanzar la lucha por el socialismo.⁹ La materia prima del trabajo de Poulantzas la constituían: 1- las obras de los clásicos del marxismo; 2- los textos políticos del movimiento obrero; y 3- las obras contemporáneas de ciencia política. Con ella pretendía darle estatuto teórico a la realidad de la dominación capitalista de su tiempo.

Miliband y el Estado en la sociedad capitalista

La importancia que Miliband atribuyó al desarrollo adecuado de la comprensión marxista sobre el Estado capitalista, se inicia con su ensayo “Marx y el Estado”.¹⁰ Esto también se inscribe en su percepción sobre las tareas políticas que tenía ante sí la izquierda, incluida la que se mantenía dentro del Partido Laborista. En 1966, Miliband

⁷“Uno de los objetivos primordiales de esta obra es el de mostrar, pormenorizadamente, que la concepción democrático-pluralista de la sociedad, de la política y del Estado, en lo que respecta a los países del capitalismo avanzado, está, en todos sus aspectos esenciales, equivocada” (Miliband 1988: 6).

⁸ “Este ensayo tiene por objeto la política, más particularmente la superestructura política del Estado en el modo de producción capitalista, es decir, la producción del concepto de esa región en dicho modo, y la producción de conceptos más concretos relativos a lo político en las formaciones sociales capitalistas” (Poulantzas 1971:7).

⁹ Tal pureza, sin embargo, es impugnada por varios autores. Por ejemplo, en una extensa crítica Clarke (1977) señala que la postura de Poulantzas, siguiendo a Althusser, arraiga en la sociología estructural-funcionalista desarrollada por Talcott Parsons.

¹⁰ Publicado en el segundo volumen de *Socialist Register* (1965). Versión en castellano en Tarcus (1991).

advertía que “no es razonable ni realista para los socialistas que están dentro del Partido Laborista creer que ellos tienen alguna perspectiva seria de volcar hacia la izquierda a los líderes del partido en ningún sentido sustancial. Lo que está ahora en la agenda para los socialistas es construir una alternativa política de masas al Laborismo”¹¹ (Panitch 1995).

Miliband siempre argumentó que el Partido Comunista estaba demasiado condicionado por su pasado, era demasiado burocrático e ideológicamente muy poco creativo como para encarar esa tarea. Y los varios grupos trotskystas y pequeños partidos, por su sectarismo y aislamiento, tampoco podían hacerlo, pues seguían aferrados a su modelo insurreccional derivado de la Revolución Bolchevique. Por eso los consideraba enteramente incapaces de generar el apoyo masivo de las clases trabajadoras de los regímenes democrático-liberales de los países capitalistas avanzados. Pero la cuestión tampoco pasaba, para él, simplemente por crear algún partido de la Nueva Izquierda, cuando las bases para tal esquema aún no existían en el sentido de una genuina demanda popular de semejante agrupación política. Esto llevó a Miliband a la conclusión de que el camino era ampliar la comunidad de los socialistas. Para él, la cuestión no pasaba “por hacer combinaciones de políticas y partidos, sino por un amplio y sostenido esfuerzo en la educación socialista, cruzando los límites existentes, libre de formulismos y llevada a cabo con paciencia e inteligencia por los socialistas, sean de dentro o de afuera del movimiento laborista. Tal esfuerzo no es una alternativa al involucramiento inmediato en las luchas, sino un elemento esencial de ellas” (Panitch 1995). La lucha ideológica y política, la batalla “intelectual y moral” de la que hablaba Gramsci, era una prioridad absoluta en la perspectiva de Miliband.

Las fallas de la izquierda en todas sus expresiones –incluso la del nuevo proyecto que él impulsaba- para sortear el enorme obstáculo de nada menos que el inmenso poder, material e ideológico, de las clases dominantes y de la tenacidad con que lo utilizaban en defensa de sus propias ventajas estratégicas, eran agudamente observadas por Miliband. La contribución principal de sus textos más importantes, *El Estado en la sociedad capitalista* (1968) y *Marxismo y Política* (1977) residió en la deslegitimación del sistema de poder capitalista y, sobre todo, en desafiar a quienes se proclaman a favor de un cambio del sistema, a establecer los puntos estratégicos fundamentales para lograrlo. La accesibilidad de su escritura, la claridad de su prosa y el juicioso estilo de

¹¹ No es este el lugar para tratar la cuestión, pero vale la pena indicar el dilema que se le presentaba a los marxistas en Gran Bretaña ante la existencia de un partido como el Laborista, firmemente arraigado en la clase obrera: estar dentro o fuera del laborismo como estrategia revolucionaria era un debate que resuena a los de la izquierda argentina –de 1955 a 1976- frente al peronismo.

argumentación, la abundancia de evidencia empírica y el uso ecléctico de las fuentes y conceptos son rasgos destacados del trabajo de Miliband (Panitch 1995).

El proyecto del libro lo empieza a esbozar en 1962, cuando define las líneas de una amplísima investigación que creía que le iba a tomar cinco años de trabajo concluir. Quería que fuera teórica, analítica y prescriptiva y que analizara temas tales como el poder, la dictadura, el comunismo, la democracia, la representación, la burocracia, y que comparara el Estado en los países capitalistas, socialistas y los recientemente independizados. Aspiraba a combinar aportes de la historia, la sociología y la ciencia política. Pero distintos compromisos lo fueron haciendo cambiar y tuvo que acotar el plan inicial, llevándolo a concentrarse en una de sus prioridades: confrontar con el pluralismo democrático dominante en la academia anglosajona (Newman 2002).

Panich subraya la importancia de la disputa ideológica en el enfoque de Miliband, a la que consideraba una tarea central de los marxistas. Afirma que fue a partir de *El Estado en la sociedad capitalista* que los estudiantes de ciencia política británicos y estadounidenses tuvieron finalmente la sensación de que se podría ir más allá de la crítica al paradigma dominante y moverse hacia una teorización alternativa. “Miliband nos dejó la certeza de que esa teorización debía ser marxista, y también demostró que debía ser de una clase de marxismo independiente que no se apartaba totalmente del mundo intelectual no-marxista, sino que podría resultar mucho más agudo si incorporaba los mejores aportes a la teorización marxista” (Panitch 1995). Precisamente, este punto de “eclecticismo” es el que va a ser atacado por Poulantzas, él mismo afincado en una perspectiva que hacía de la coherencia, la pureza y el rigor lógico de la teoría un punto central de la disputa ideológica y política del marxismo.

Un “instrumento” complejo

Miliband identifica la principal deficiencia de la teoría marxista contemporánea del Estado con el hecho de que casi todos los marxistas se habían limitado a afirmar, como algo más o menos auto-evidente, la tesis instrumentalista contenida en el Manifiesto Comunista: “el ejecutivo del Estado moderno no es sino un comité para arreglar los asuntos comunes de toda la burguesía”. Asumiendo la centralidad de esta tesis, al iniciar su libro Miliband observa que “de una u otra forma, el concepto que esto encarna aparece una y otra vez en las obras tanto de Marx como de Engels y, no obstante los matices y las apreciaciones delicadas que ocasionalmente exhibieron en su examen del Estado –sobre

todo para explicar un determinado grado de independencia que el Estado podía disfrutar en ‘circunstancias excepcionales’—, nunca se deshicieron de la opinión de que en la sociedad capitalista el Estado era, sobre todo, el instrumento de coerción de la clase dominante, definida ésta en función de la propiedad y el control de los medios de producción” (Miliband 1988: 7).

Es especialmente a partir de este pasaje que se asocia a Miliband con una concepción “instrumentalista”. Sin embargo, la cita de los clásicos no implica que la noción de “instrumento” sea interpretada --por éstos o por Miliband mismo— en el sentido de una maquinaria externa y autónoma utilizada por la clase dominante a su voluntad. Su análisis es más complejo y fundado que semejante caricatura. Lo que en el párrafo citado subraya Miliband es la necesidad de avanzar en la comprensión de los Estados capitalistas concretos, partiendo de la concepción ya expuesta por Marx y Engels, y a la luz de la realidad socio-económica, política y cultural de las sociedades capitalistas “realmente existentes”. Para el profesor británico, en tanto Marx había provisto los fundamentos conceptuales para el análisis socio-económico histórica y geográficamente situado, Lenin lo había hecho para el análisis político y Gramsci había aportado el andamiaje conceptual apropiado para el abordaje ideológico y cultural. Por ende, Miliband estaba convencido de que la tesis central y la estructura conceptual de la teoría política marxista estaba efectivamente establecida y que lo que los marxistas necesitaban era hacer más trabajo empírico y análisis histórico de los Estados en las sociedades capitalistas, para darles contenido concreto a las tesis y conceptos teóricos ya delimitados. Por eso el propósito de *El Estado en la sociedad capitalista* era hacer una contribución para remediar esa deficiencia.

En la medida en que Miliband produce en un contexto signado por el optimismo de la ciencia política anglosajona¹² y el auge del llamado “fin de las ideologías”, se explica que su interés se concentrara en responder, desde una investigación empírica a partir de las tesis marxistas, a los teóricos de la democracia liberal y a las corrientes pluralistas.¹³ Durante los años de oro del intervencionismo estatal benefactor, el pluralismo planteaba que: 1) en las sociedades capitalistas avanzadas se había llegado a una igualdad social

¹² Como señala Borrow, “por más bizarro que pueda aparecer en retrospectiva, era teóricamente importante dentro del contexto intelectual angloamericano reestablecer el simple hecho empírico de que la clase capitalista existe y de los numerosos mecanismos que pueden ser identificados y que facilitan la cohesión económica de los capitalistas como clase” (2006:7).

¹³ Miliband confronta con autores pluralistas como David Easton, Robert Dahl, John Galbraith, Seymour Lipset, que desarrollaron sus obras durante los años cincuenta y sesenta. Discute específicamente la teoría del capitalismo de los gerentes, basada en la separación entre propiedad y control de los medios de producción.

de tal magnitud que tornaba obsoletos los planteos del antagonismo de clases; 2) la complejidad de funcionamiento de la empresa capitalista había hecho aparecer una capa de funcionariado técnico (gerentes), muy diferente de los propietarios clásicos, lo que cambiaba la naturaleza de la relación; 3) ningún grupo o clase tenía poder exclusivo y excluyente como para imponer sus intereses e ideas a los demás, sino que todos retenían su cuota de poder para influir en el sistema democrático (de donde se seguía que solo bastaba con fijar reglas de juego básicas y transparentes para evitar cualquier concentración de poder en el Estado); 4) la noción misma de Estado era infructuosa para el mucho más trascendente análisis de los intercambios y circulación del poder entre la pluralidad de actores políticos, económicos y sociales existente. Miliband les opone a estos teóricos los hechos referentes al trasfondo social, los lazos personales y los valores compartidos de las élites económicas y políticas y los hechos relativos al impacto de la política gubernamental sobre asuntos como la distribución del ingreso y la riqueza (Gold, Lo y Wright 1975).

Lo primero que expone en *El Estado en la sociedad capitalista* es la existencia efectiva de la división de la sociedad en clases y, pese a los avances en el acceso al consumo y los cambios en la forma de gestión de la empresa capitalista, la firme preeminencia de la clase económicamente dominante y su unidad interna. Luego, para develar las distorsiones y mistificaciones del pluralismo liberal, bucea en la forma en que le llegan al Estado las demandas múltiples de los intereses dominantes y cómo son procesadas para preservar el orden social. En su estudio de la élite gobernante y su afinidad social básica con la clase dominante encuentra el autor inglés uno de los ejes para demostrar cómo se produce, en concreto, la defensa de los intereses capitalistas por parte del Estado. De este modo desmiente, apelando a múltiples ejemplos fundados, la pretendida igualdad social que, según los pluralistas, hacía imposible identificar un núcleo social, económica y políticamente dominante en la sociedad capitalista, y se concentra en demostrar la conexión profunda -negada por los pluralistas-, de la clase dominante con la élite estatal.

Refiriéndose a los países desarrollados, Miliband sostiene que en ellos “a pesar de todo lo que se ha dicho acerca de la nivelación, sigue existiendo una clase de personas, relativamente pequeña, que posee grandes cantidades de propiedad en una o en otra forma, y recibe también grandes ingresos, por lo general, provenientes en todo o en parte de su propiedad o de su control de esa propiedad” (1988: 27). Y destaca que, por más que haya crecido la disponibilidad de bienes de consumo para las diversas clases

sociales, ello “no afecta fundamentalmente el lugar que ocupa la clase obrera en la sociedad” (*idem*: 28). Sostiene que lo malo de la teoría democrático pluralista no es su insistencia en el hecho de la competencia, sino su afirmación “de que los principales intereses organizados de estas sociedades, y sobre todo el capital y los trabajadores, compiten en términos más o menos iguales” (*idem*: 141), y por ende ninguno es capaz de alcanzar una ventaja decisiva y permanente en la competencia. Miliband pone en evidencia las debilidades del pluralismo, mostrando como la cosmovisión compartida por las élites económicas recorta el horizonte de posibilidades a la hora de plantearse alternativas políticas. “Las diferencias específicas entre las clases dominantes, por auténticas que puedan ser (...), están (...) contenidas dentro de un particular espectro ideológico, y no estorban un consenso político fundamental, en lo que respecta a las cuestiones capitales de la vida económica y política” (*idem*: 47).

Esta cuestión de la conexión personal e ideológica entre la clase económicamente dominante y quienes ocupan los puestos de conducción del Estado será, como veremos más adelante, uno de los puntos más criticados por Poulantzas y por varios de los que prosiguieron el debate, como Gold, Lo y Wright, Jessop, Clarke, Holloway y Piccioto. Sin embargo, esta cuestión de la conexión interpersonal que destaca efectivamente Miliband en varios capítulos, no puede entenderse sin considerar el resto de sus afirmaciones, que dan cuenta de los fundamentos estructurales de dicha conexión y, en última instancia, de la función misma del Estado capitalista. Por ejemplo, señala que “el mundo de los negocios disfruta de una formidable superioridad fuera del sistema estatal, también, en términos de las presiones intensamente más fuertes que, en comparación con los trabajadores o con otros intereses, puede ejercer en la consecución de sus fines” (*idem*: 141).

El sistema estatal

Pero el condicionante estructural de las conductas personales y los límites del sistema de poder son considerados muy especialmente cuando su análisis se dirige a confrontar con las creencias de la socialdemocracia europea. Aquí es difícil asociar a Miliband con un enfoque instrumentalista que suponga pensar al Estado como una instancia totalmente externa y autónoma, utilizable según la conveniencia de quien maneje sus resortes inanimados. Lejos de esta visión simplista, desarrolla la noción de la autonomía relativa del Estado, a partir de diferenciar los distintos componentes de lo que

denomina el “sistema estatal” y el “poder del Estado” del “poder de la clase”. Precisamente, en la distinción entre estos últimos funda la “autonomía relativa” del Estado y es un aspecto central para identificar la naturaleza de la dominación política.

Así, dice que “el término ‘Estado’ designa a cierto número de instituciones particulares que, en su conjunto, constituyen su realidad y ejercen influencia unas en otras en calidad de partes de aquello a lo que podemos llamar sistema del Estado. Y no se trata de una cuestión puramente académica. Pues el tratar a una parte del Estado – comúnmente, el gobierno- como si fuese el Estado mismo introduce un importante factor de confusión en el examen de la naturaleza y la incidencia del poder estatal que puede tener grandes consecuencias políticas. Así, por ejemplo, si se cree que el gobierno es, en efecto, el Estado, también se puede creer que el asumir el poder gubernamental equivale a adquirir el poder estatal. Tal creencia...nos expone a grandes riesgos y desencantos” (1988: 50). Y afirma: “...que el gobierno hable en nombre del Estado y esté formalmente investido del poder estatal no significa que controle efectivamente este poder. Una de las cuestiones que es preciso ventilar es ver hasta qué punto los gobiernos ejercen efectivamente el control” (*idem*: 51). Aquí se encuentra la crítica a la ilusión socialdemócrata de que ganando el gobierno mediante elecciones se puede manejar la totalidad del poder del Estado, sin alterar las bases estructurales en las que tal poder se funda.

El sistema estatal está integrado por: 1) los aparatos de gobierno: autoridades legislativas y ejecutivas electas en el nivel nacional, que definen la política estatal; 2) los aparatos administrativos: burocracia, corporaciones públicas, bancos centrales, comisiones regulatorias, que regulan las actividades económicas, sociales y culturales; 3) los aparatos coercitivos: agencias militar, paramilitar, policial y de inteligencia, que manejan la violencia estatal; 4) el aparato judicial: tribunales, profesión legal, cárceles y prisiones y otros componentes del sistema de justicia; 5) los gobiernos sub-centrales, tales como provincias, municipios y distritos.

Miliband enfatiza la especificidad de las tareas estatales para preservar el orden capitalista, como en una suerte de división del trabajo: la necesidad de ejecutar tareas comunes que benefician al conjunto de la burguesía impone la existencia de un segmento especializado -el Estado- que dispone de poder propio para imponerse a los intereses capitalistas particulares en competencia. Pero esto no significa que el Estado sea una máquina exterior y neutral. Aquí aparece la explicación de por qué, por una parte, el Estado en cuanto conjunto de aparatos tiene una relación compleja e intrincada con la

clase dominante y, por otra parte, la existencia de mecanismos de validación política en la democracia representativa, basada en el sufragio universal, permite que lleguen al gobierno coaliciones políticas animadas por ideas e intereses no directamente capitalistas. Pero es precisamente la determinación estructural del conjunto del sistema estatal, que garantiza la reproducción capitalista, lo que impide que los gobiernos, incluso de “izquierda”, puedan apartarse de las tareas que demanda la reproducción de los intereses dominantes, en la medida en que se atengan a acatar las reglas que el sistema delimita para su reproducción. Es así como, constreñidos por el imperativo sistémico de preservar el orden social, que es capitalista, la mayoría de los gobiernos, incluso de izquierda, solo se atreven a impulsar medidas favorables a la reproducción de los intereses dominantes. Asumen que el desarrollo de la empresa capitalista es un elemento necesario y deseable para la sociedad, al que hay que dar por supuesto. “Y lo hacen porque aceptan que la racionalidad económica del sistema capitalista es sinónimo de la racionalidad en sí, y proporciona el mejor conjunto posible de arreglos y disposiciones humanos en un mundo necesariamente imperfecto” (1988: 75).

Mediante ejemplos de las gestiones gubernamentales “de izquierda” en Europa, afirma que “los dirigentes socialdemócratas, en su momento de victoria, y más aún después, por lo general se han preocupado muchísimo en tranquilizar a las fuerzas dominantes y a las élites del mundo de los negocios en sus intenciones... y en insistir que su llegada al poder no constituía una amenaza para los negocios (...) Los dirigentes, una vez que llegan al poder (y a menudo desde antes) son siempre más ‘moderados’ que sus partidarios. (...) Sea como fuere, los nuevos gobiernos de la izquierda se han esforzado siempre, hasta el límite de sus fuerzas, en *atenuar* las expectativas populares...” (*idem*: 97).

Miliband insiste contra la ilusión de que el acceso al gobierno lleve de por sí al manejo completo del Estado para aplicar medidas radicales a favor del pueblo, que supongan alterar las bases materiales de la dominación capitalista. “En abstracto, los gobiernos tienen a su disposición recursos y poderes vastos para ‘esgrimir el garrote’ contra el mundo de los negocios. En la práctica, los gobiernos que se han propuesto utilizar estos poderes y recursos –y la mayoría de los mismos no lo quieren- no tardan en descubrir, dado el contexto en el que operan, que la tarea tropieza con innumerables dificultades y peligros. Estas dificultades y peligros se resumen idealmente en la temible frase de ‘pérdida de confianza’. Es un testimonio implícito del poder del mundo de los negocios el que todos los gobiernos, sin exceptuar a los reformistas, hayan estado

siempre profundamente interesados en obtener y conservar su 'confianza'. Y por cierto no hay ningún otro interés cuya "confianza" se considere más valiosa, o cuya "pérdida de confianza" se tema más" (*idem*: 144/145).

En un pasaje de notable vigencia, Miliband señala que "dado el poder económico que descansa en los círculos de los hombres de negocios y la importancia decisiva de sus acciones, o de sus inacciones, en aspectos fundamentales de la política económica, todo gobierno que pretenda verdaderamente realizar reformas radicales, tendrá que procurar: o bien, apropiarse de ese poder, o aceptar la limitación rígida de su margen de acción radical por obra de la exigencia de la confianza de los hombres de negocios. Hasta ahora, ningún gobierno, ningún sistema político de tipo occidental, cualquiera que haya sido su retórica antes de tomar el poder, ha optado por la primera de estas dos posibilidades. En vez de ello, los gobiernos de intenciones reformistas, unas veces de mal grado y otras veces de buen grado, han puesto un freno a sus propensiones reformistas, aunque nunca lo suficientemente fuerte para el gusto de los hombres a los que deberá procurar apaciguar. O han adaptado sus reformas a los objetivos de los hombres de empresa (...) En este contexto, la política es, por cierto, el arte de lo posible. Pero lo posible está determinado, sobre todo, por aquello que parece aceptable a la comunidad de los negocios" (*idem*: 147).

Miliband también hace un señalamiento preciso de las condiciones internacionales que ya a fines de los sesenta determinaban lo que se llamó años después "globalización", y sus efectos sobre los Estados nacionales, que vale la pena reproducir *in extenso*. "En la actualidad, sin embargo, los gobiernos de intención reformista o 'izquierdista', no tienen que contar tan sólo con el poder de su propia clase de industriales y comerciantes, ni es únicamente su 'confianza' lo que deben buscar y tratar de conseguir. Tales gobiernos tienen que tomar en consideración también, más ahora que nunca antes, el poder y las presiones de intereses y fuerzas capitalistas extranjeras: grandes empresas extranjeras, gobiernos extranjeros poderosos y conservadores, bancos centrales, finanzas internacionales privadas, organizaciones oficiales de crédito internacional, como el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, o una formidable combinación de todos ellos. La ortodoxia económica y financiera, y la debida consideración de las prerrogativas y necesidades del sistema de empresa libre no es sólo lo que los intereses nacionales de los negocios esperan y exigen de sus gobernantes; estos intereses nacionales están ahora poderosamente secundados por intereses extranjeros que bien pueden tener una importancia mayor. Como ya señalamos, el capitalismo es hoy, como nunca antes, un

sistema internacional, cuyas economías constitutivas están estrechamente relacionadas y entrelazadas. A consecuencia de esto, hasta los países capitalistas más poderosos dependen, en mayor o menor medida, de la buena voluntad y cooperación de los demás y de lo que ha llegado a ser, no obstante profundas y perdurables rivalidades capitalistas nacionales, una ‘comunidad’ capitalista internacional interdependiente. La desaprobación que manifieste esta ‘comunidad’ por las políticas de uno de sus miembros, y la supresión de la buena voluntad y de la cooperación que pueden ser su consecuencia, evidentemente constituyen ingentes problemas para el país de que se trate. Y mientras un país decida seguir siendo parte de la ‘comunidad’, el deseo de no incurrir en su desaprobación tendrá que pesar grandemente en sus decisiones políticas y reducir, todavía más, los impulsos que sientan los gobiernos de intención reformista de apartarse del camino ortodoxo” (*idem*: 148). Se advierte en este pasaje la plena conciencia del autor inglés sobre los condicionantes nacionales e internacionales cada vez más intensos para la acción política.

Si queda claro que Miliband asume el constreñimiento estructural para la acción de los gobiernos y la funcionalidad básica del Estado en la reproducción capitalista, el subrayar la autonomía relativa le permite marcar, no obstante, las sustanciales diferencias existentes en torno al tipo de régimen político. En su polémica con Poulantzas, Miliband insiste en la necesidad de diferenciar, por ejemplo, fascismo de democracia. Precisamente en su último intercambio con el greco-francés, lo acusará de que su esquema teórico, al negar la diferencia entre poder de clase y poder de Estado, conduce a igualar toda dominación capitalista, con las nefastas consecuencias para la práctica política de los sectores populares que tuvo esta posición en la historia.

Poulantzas: poder político y clases sociales

Poulantzas, como señalamos, parte de un objetivo distinto al de Miliband: forjar el concepto de Estado en una teoría regional del modo de producción capitalista.¹⁴ En *Poder Político y Clases Sociales* establece así sistemáticamente la forma en que la política del Estado está determinada por las contradicciones y límites del sistema capitalista.

¹⁴ La producción de teoría es fundamental en el proyecto de Poulantzas, que lo distingue de Miliband. Para él, “cualquiera que sea el grado de abstracción (el trabajo teórico) es siempre un trabajo que se sustenta en los procesos reales. Sin embargo, ese trabajo que produce conocimientos se sitúa enteramente en el proceso de pensamiento: no hay conceptos más reales que otros. El trabajo teórico parte de una *materia prima* compuesta no de lo real-concreto, sino ya de informaciones, ya de nociones, etc, sobre ese real, y la trata *por medio de ciertos útiles* conceptuales, trabajo cuyo resultado es el *conocimiento* de un objeto” (1971: 3).

En la senda de Althusser

Este libro de Poulantzas se sitúa firmemente en el esquema conceptual de Althusser. A partir del aporte del autor de *Para leer 'El capital'*, distingue las categorías “modo de producción” y “formación social”. La primera es definida como una combinación específica de diversas estructuras y prácticas, que se presentan como instancias o niveles “regionales”: económica, política, ideológica y teórica. Estas instancias permanecen unidas en cada modo de producción, en el cual predomina siempre el nivel económico, entendido como *determinación*. Pero la determinación en última instancia de la estructura por lo económico no significa que lo económico retenga siempre el papel *dominante*. Es decir, no significa que hay una relación mecánica entre lo económico y lo político, donde lo que ocurre en el primer campo se refleja de modo directo y automático en el segundo. La relación es más compleja. “Lo económico sólo es determinante en la medida en que asigna a tal o cual instancia el papel dominante” (1971: 5). De modo que lo que diferencia a un modo de producción de otro es la forma particular en que se articulan los distintos niveles y cual es el que juega el papel dominante. A esto se le llama *matriz* de un modo de producción.

El modo de producción, sin embargo, constituye un objeto abstracto-formal (un “tipo ideal”, en el sentido weberiano) que no existe como tal en la realidad. Lo que existe es una *formación social*, históricamente determinada, que es un objeto real-concreto singular, particular, único y distinto. Cada Estado-nación (por ejemplo, Argentina, Francia, Turquía o Etiopía) constituye una formación social específica, con su peculiar constitución histórica. Y, a su vez, en cada formación social se da una combinatoria de formas productivas, donde hay un modo de producción que *predomina* sobre los otros y le imprime su carácter a los niveles económico, político, ideológico y teórico. En la matriz del modo de producción capitalista se observa que: “1) La articulación de lo económico y de lo político (...) está caracterizada por una *autonomía* –relativa- específica de esas dos instancias. 2) Lo económico detenta en ese modo no sólo la determinación en última instancia, sino también el *papel predominante*” (*idem*: 25). La consecuencia teórica de la autonomía es que “hace posible una teoría regional de una instancia de ese modo, por ejemplo el Estado capitalista; permite constituir lo político en objeto de ciencia autónoma y específica” (*idem*: 25). Es decir, funda la posibilidad de analizar la especificidad de la dimensión política. En la medida en que “las estructuras políticas de un modo de producción y de una formación social constituyen el *poder*

institucionalizado del Estado” (*idem*: 41), concluye que la condición de la especificidad de la práctica política está dada por el objetivo de alcanzar el poder del Estado.

Poulantzas se pregunta entonces, siguiendo a Lenin, ¿por qué el problema fundamental de toda revolución es el poder del Estado? Para responder, interpreta que cuando Marx y Engels conciben al Estado como factor de orden, como principio de organización, están diciendo que “...en el interior de la estructura de varios niveles separados por un desarrollo desigual, *el Estado posee la función particular de constituir el factor de cohesión de los niveles de una formación social*” (*idem*: 43; subrayado del autor). Con lenguaje althusseriano, afirma que el Estado “...es también la estructura en la que se *condensan* las contradicciones de los diversos niveles de una formación. Es, pues, el lugar en que se refleja el índice de predominio y de superdeterminación que caracteriza a una formación, en una de sus etapas o fases. El Estado se manifiesta también como el lugar que permite *descifrar* la unidad y la articulación de las estructuras de una formación” (*idem*: 44). Sostiene que las instituciones en las que se materializa el poder del Estado (lo que equivale a que tiene existencia real y efectiva) son las instancias en las que encarna el poder de las clases sociales (poder que emana de su lugar en la estructura). “La autonomía relativa de las diversas instituciones –centros de poder- en relación con las clases sociales, no se debe a que posean un poder *propio* diferente del poder de clase, sino a su relación con las estructuras” (*idem*: 141). Esto es, los aparatos del Estado no tienen un poder propio, sino que su capacidad para ejecutar acciones deviene del papel que cumplen en relación a las clases, que son las portadoras del poder.

Pero ¿cuál es la función del Estado? Poulantzas plantea que es la de unificar a las clases dominantes, que están compuestas por individuos y grupos con intereses contrapuestos y competitivos, y dividir a las dominadas.¹⁵ En relación con las clases dominadas, la función del Estado capitalista es impedir que se organicen políticamente, lo que podría llevarlas a superar su aislamiento económico y, a partir de su articulación, trascender el sistema que las coloca en posición subordinada. El Estado mantiene la desorganización política de las clases dominadas presentándose como la unidad del pueblo-nación, compuesto por personas políticas, por individuos privados. Porque al aparecer como el depositario de un interés común, el Estado opera como obstáculo para que se advierta el carácter de la dominación clasista. En cambio, con respecto a las

¹⁵ Dice: “El Estado está organizado como unidad política de una sociedad de intereses económicos divergentes, no intereses de clase, sino intereses de ‘individuos privados’, sujetos económicos, lo cual se refiere a la relación del Estado con el aislamiento de las relaciones sociales económicas que es, en parte, su

clases dominantes, el Estado capitalista trabaja permanentemente en su organización en el nivel político, para anular su aislamiento económico.

La sombra de Gramsci

En línea con su visión de la autonomía relativa del Estado, Poulantzas afirma que “el Estado capitalista, con dirección hegemónica de clase, no representa *directamente* los intereses económicos de las clases dominantes, sino sus *intereses políticos*; es el centro del poder político de las clases dominantes al ser el factor de organización de su lucha política” (*idem*: 241; subrayado del autor). Esto implica que, como ya lo planteara Gramsci, el Estado garantiza ciertos intereses económicos de las clases dominadas (hace concesiones) para preservar su dominación política (función de hegemonía). La noción de interés general del “pueblo” es, para Poulantzas, una noción ideológica, pero que “denota un *hecho real*: ese Estado permite, por su misma estructura, la garantía de intereses económicos de ciertas clases dominadas, contrarios eventualmente a los intereses económicos a corto plazo de las clases dominantes, pero compatibles con sus intereses políticos, con su dominación hegemónica” (*idem*: 242). La conclusión es que tal garantía estatal, sin embargo, “no puede concebirse sin más como limitación del *poder político* de las clases dominantes. Es cierto que se la impone al *Estado la lucha política y económica de las clases dominadas*: esto, sin embargo, significa simplemente que el Estado no es instrumento de clase, que es el Estado de una sociedad dividida en clases. La lucha de clases en las formaciones capitalistas implica que la garantía por el Estado de intereses económicos de ciertas clases dominadas está inscrita, como posibilidad, en los límites mismos que él impone a la lucha con dirección hegemónica de clase” (*idem*: 242; subrayado del autor). Para Poulantzas, para que el Estado pueda desempeñar su papel de garante de los intereses económicos dominantes, está obligado a hacer concesiones a las clases dominadas. Esto es parte de la lógica de funcionamiento del Estado capitalista. Que dichas concesiones sean arrancadas por los sectores populares mediante su lucha, no significa que el poder político tenga un juego propio separado del poder de clase. Son, en cambio, la forma material en que se manifiesta, en el nivel político, la existencia de la contradicción clasista básica que da origen al Estado.

En cuanto al papel de la lucha de clases, en estos pasajes Poulantzas recupera la perspectiva de Gramsci, cuando muestra que el Estado puede incorporar ciertos intereses

propio efecto. Partiendo de ese aislamiento, la función política del Estado presenta una ambivalencia

de las clases dominadas sin por eso dejar de ser un Estado capitalista.¹⁶ “En el caso del Estado capitalista, la autonomía de lo político puede permitir la satisfacción de intereses económicos de ciertas clases dominadas, limitando aún eventualmente el poder económico de las clases dominantes, frenando en caso necesario su capacidad de realizar sus intereses económicos a corto plazo, pero con la única condición –*posible* en el caso del Estado capitalista- de que su poder político y el aparato de Estado queden intactos. Así, en toda coyuntura concreta, el poder político autonomizado de las clases dominantes presenta, en sus relaciones con el Estado capitalista, *un límite más acá del cual una restricción del poder económico de esas clases no tiene efectos sobre él*” (*idem*: 243; subrayado del autor).

Siguiendo este razonamiento, plantea que el Estado capitalista tiene una doble característica: por una parte, por su autonomía respecto de lo económico puede, según sea la relación de fuerzas (producto de la lucha de clases), aplicar políticas sociales que impliquen sacrificios económicos para las clases dominantes a favor de las dominadas. Por la otra, es “esa misma autonomía del poder político institucionalizado lo que permite a veces atacar el poder económico de las clases dominantes, sin llegar nunca a amenazar su poder político” (*idem*: 245). Como ejemplo da el Estado benefactor, que no es otra cosa que la “política social” de un Estado capitalista en la etapa del capitalismo monopolista de Estado. También en línea con Gramsci dirá que “la estrategia política de la clase obrera depende de que se descifre adecuadamente, en la coyuntura concreta, el límite que fija el equilibrio de los compromisos, y que es la línea de demarcación entre el poder económico y el poder político” (*ibidem*).

Otro concepto central de Poulantzas es el de “bloque en el poder”, vinculado a la concepción gramsciana de hegemonía. “El bloque en el poder constituye una unidad contradictoria de clases y fracciones políticamente dominantes bajo la égida de la fracción hegemónica” (*idem*: 308). En otros términos, significa que como “capitalista colectivo en idea”, el Estado tiene la función de organizar a la burguesía en su conjunto y lo hace bajo la dirección (égida) de la fracción hegemónica (el capital monopolista), más allá de la diversidad de intereses y rivalidades que fragmentan a aquella clase dominante. “La

característica, según se trate de las clases dominantes o de las clases dominadas” (*idem*: 238).

¹⁶ En *Notas sobre Maquiavelo*, Gramsci dice: “el hecho de la hegemonía presupone indudablemente que se tienen en cuenta los intereses y las tendencias de los grupos sobre los cuales se ejerce la hegemonía, que se forma un cierto equilibrio de compromiso, es decir que el grupo dirigente haga sacrificios de orden económico-corporativo, pero es también indudable que tales sacrificios y tal compromiso no pueden concernir a lo esencial, ya que si la hegemonía es ético-política no puede dejar de ser también económica, no puede menos que estar basada en la función decisiva que el grupo dirigente ejerce en el núcleo rector de la actividad económica” (Gramsci 1975: 55).

hegemonía, en el interior de ese bloque, de una clase o fracción, no se debe al azar: la hace posible la unidad propia del poder institucionalizado del Estado capitalista. (...) La clase o fracción hegemónica polariza los intereses contradictorios específicos de las diversas clases o fracciones del bloque en el poder, constituyendo sus intereses económicos en intereses políticos, que representan el interés general común de las clases o fracciones del bloque en el poder: interés general que consiste en la explotación económica y en el dominio político” (*idem*: 308/309). Para Poulantzas, la cuestión central es comprender que la clase dominante no es un conjunto monolítico que posee y maneja el aparato estatal de modo racional, planificado y sin conflictos. En cambio, la existencia de diversas facciones de clase, con intereses divergentes y en competencia, se resuelve en el Estado mismo, que es la expresión materializada en instituciones y políticas de la compleja unificación de esa diversidad. Lo que une a las distintas facciones capitalistas, competitivas entre sí, es su interés político común en conservar la dominación capitalista, que las coloca en posición de explotar al resto de las clases sociales. Y es hegemónica la facción que consigue imponer su interés sobre el conjunto (léase el capital monopolista), disciplinando al resto de las facciones aliadas y subalternas para preservar el sistema de dominación.

La polémica en la *New Left Review*

Tanto estas obras iniciales que comentamos, como el intercambio entre Miliband y Poulantzas en las páginas de la *New Left Review*¹⁷ y los trabajos que cada uno de ellos produjo con posterioridad, pueden ser hoy recuperados en su condición de aportes particulares valiosos para el estudio de la realidad estatal, antes que como exponentes de un mero torneo intelectual, tendiente a establecer criterios clasificatorios conforme el valor heurístico (más que su utilidad política, dicho sea de paso), adjudicado por los comentaristas de sus obras. Como señala Panitch (1995), el significado teórico y político del famoso debate Miliband-Poulantzas no debe ser malentendido como el reflejo de posiciones incompatibles. En particular, la caracterización de los teóricos como representantes del “instrumentalismo” y el “estructuralismo” ha servido más para establecer tipologías que para expandir genuinamente el análisis acerca del Estado. “Ambos tenían en común un proyecto: proveer un contrapunto a la noción de que el

¹⁷ Los artículos se encuentran en castellano en “Debates sobre el Estado Capitalista/1” (Tarcus 1991). Esta edición incluye un excelente estudio introductorio del debate de Horacio Tarcus.

Estado moderno occidental había sido liberado de la determinación del poder del capital. Por el contrario, se había vuelto un elemento mucho más integral en el desarrollo y reproducción del capitalismo moderno” (Panitch, 1995). Para Barrow (2002, 2007), el debate Miliband-Poulantzas nunca implicó un desacuerdo conceptual o empírico profundo acerca de la naturaleza del Estado capitalista. Desde un comienzo se trató, más bien, de una disputa epistemológica acerca de si existía una metodología marxista específica que brindara un soporte adecuado a las investigaciones y las prácticas relativas al poder político.

Buena parte de los autores que sumaron sus opiniones contribuyeron a construir la dicotomía “estructuralismo” versus “instrumentalismo”, que ni Poulantzas ni Miliband asumieron (Gold, Lo y Wright 1975; Jessop 1977, Carnoy 1993). El estadounidense Barrow (2007) señala que el concepto de instrumentalismo asociado a Miliband, no es solo una simplificación o una caricatura de la teoría política que desarrolló, sino una construcción polémica y artificial sobreimpuesta sobre sus análisis históricos y empíricos. Considera que la mayoría de las críticas dirigidas a Miliband durante los años setenta se hicieron sobre la base de una construcción analítica llamada “instrumentalismo” que no correspondía plenamente al planteo del autor británico. Para Domhoff (1987: 295; 1990: 40/4) el planteo de Miliband fue totalmente distorsionado y malinterpretado con el mero propósito político de exagerar la originalidad teórica de las “nuevas” teorías del Estado que se pretendían “más marxistas” y “más revolucionarias” que la teoría de aquél, un autor arraigado en la tradición expositiva de la Ciencia Política anglosajona más clásica. En realidad, el fantasma que según Barrow recorre la polémica es el de C.Wright Mills, el politólogo socialista independiente que en los años cincuenta describió, en su célebre *La Elite del Poder*, el funcionamiento de la clase dominante estadounidense y con el que Miliband mantenía una estrecha relación. El furor de Poulantzas contra el instrumentalismo y el historicismo tendría más a Mills que a Miliband como genuino antagonista. Del mismo modo, entiende Barrow (2007) que el “abstraccionismo estructuralista” de Poulantzas también es una construcción derivada del debate, ya que advierte diferencias centrales –e iniciales- en la postura del griego con relación a la de otros estructuralistas como Althusser, Balibar, Therborn, Amin, Hindess, Hirst, o E.O.Wright. En cuanto a Poulantzas, su influencia llegó a ser más amplia que la de su contrincante en la polémica: la mayoría de los autores (Jessop, Barrow, Fox Piven, Thomas) acuerdan que los estructuralistas poulantzianos tendieron a prevalecer en el

debate, hasta que la teoría misma del Estado dejó de ocupar un lugar central, hacia los años ochenta.

Pero lo más interesante de resaltar es que, ya desde mediados de los setenta, sus miradas políticas habrían de tener más coincidencias que lo que sus desacuerdos parecían indicar. Ambos se mantuvieron firmes en su rechazo al estalinismo tanto como a la socialdemocracia y pusieron en el centro de su preocupación la “vía democrática al socialismo”, esto es, una vía que aunara la voluntad revolucionaria con la imprescindible expansión de la libertad y la democracia populares. En *Marxismo y Política*, aparecida en 1977, y en *Poder, Estado y Socialismo*, de 1978, asoman más coincidencias que disparidades en cuanto a la percepción del problema político central que se le presentaba a los marxistas.

El primer intercambio

Antes que el debate público comenzara, sus protagonistas intercambiaron en 1968 una breve correspondencia. Poulantzas le envió a Miliband una copia de su libro con una nota en la que le decía que *Socialismo parlamentario* le había sido muy útil para su trabajo y que, además, esperaba sus comentarios y consejos. Miliband recibió el libro justo cuando acababa de terminar el suyo y estaba por enviarlo a la imprenta. Su primera impresión fue que tenía mucha significación teórica y refinamiento intelectual, aunque lo sorprendió la escasez de referencias empíricas. Le agradeció a Poulantzas y le comentó que la lectura de su trabajo lo había hecho más consciente de las deficiencias teóricas y limitaciones de método del suyo propio, aunque consideraba a ambos textos complementarios. Poulantzas le respondió, en un tono muy cordial, que creía que el libro de Miliband era indispensable y “sin falsa modestia, será mucho más importante que el mío, ya que soy consciente de ubicarme en un nivel demasiado teórico” (Newman 2002: 203).¹⁸

El primer intercambio crítico entre ambos autores tuvo lugar en 1969, en ocasión de la reseña que Poulantzas hace del libro del británico en la NLR N° 58. Poulantzas comienza su comentario en un tono elogioso, destacando el aporte de Miliband a la teoría marxista del Estado y el efecto “catártico” que producía el haber demolido metódicamente las concepciones burguesas del pluralismo democrático, en base a una cantidad formidable de

¹⁸ Aunque poco después Miliband le comentaría a la teórica italiana Rossana Rossanda que había encontrado que el libro de Poulantzas era una acrobacia hiperteórica que mostraba la debilidad del método althusseriano, él mismo dudaba de que el suyo pecara de exceso empírico. Al punto de dudar antes de mandarlo a imprimir (Newman 2002).

material empírico. Pero es precisamente esta profusión de datos lo que lo conduce a Poulantzas a plantear su primera objeción epistemológica: el empirismo. Sostiene que Miliband cae en el campo ideológico del enemigo al usar sus categorías y responder contraponiéndolas con hechos, en lugar de romper el campo epistemológico a partir del desarrollo de una teorización marxista autónoma, tarea en la que estaban empeñados los althusserianos. La segunda imputación es de subjetivismo (Tarcus 1991). Basándose en su propio análisis de las clases sociales como estructuras, afirma que entre la clase burguesa y el Estado hay una relación **objetiva**, mientras el manejo y el personal específicos de las instituciones son secundarios. Sostiene que las funciones del Estado están ampliamente determinadas por las estructuras de la sociedad y no por las personas que ocupan posiciones en el aparato estatal. Considera que si en una determinada formación social coinciden la función del Estado y los intereses de la clase dominante, ello se debe al sistema mismo: la participación directa de los miembros de la clase dominante en el aparato del Estado no es *causa sino efecto* de esa coincidencia objetiva.

La réplica de Miliband

La réplica de Miliband apareció en el número siguiente de la NLR, en 1970. El británico, manteniéndose en un registro amable, reconoce el carácter inacabado de su abordaje teórico del Estado, aunque recuerda la existencia de su trabajo previo sobre “Marx y el Estado” como antecedente. Refuta, sin embargo, la imputación de empirismo como descalificación, sosteniendo la absoluta necesidad de investigación empírica para desmitificar las visiones burguesas. Se queja de la subestimación que hace Poulantzas de la forma en que son consideradas las “relaciones objetivas” en varios capítulos de su libro y califica a su crítica de caer en un “superdeterminismo estructural”. Para Miliband, al reemplazar la noción de “clase dirigente” por la de “estructuras y relaciones objetivas”, el Estado no resulta “manipulado” por la clase dirigente para que cumpla sus órdenes, sino que las lleva a cabo autónomamente y de forma total. Con este enfoque, dice el autor británico, se hace imposible diferenciar de modo realista la relación dialéctica entre el Estado y “el sistema” y se corre el peligro de no diferenciar fascismo, por ejemplo, de democracia burguesa en el manejo estatal. Esta desviación ultraizquierdista es la contracara de la de derecha, que supone que cambiando algunos miembros del sistema del Estado cuando los socialdemócratas ganan el gobierno, es suficiente para transformar la naturaleza de la dominación. Miliband sostiene que “el meollo de la crítica socialista a

las “libertades burguesas” no es (o no debería ser) que carecen de importancia, sino el que son profundamente inadecuadas y tienen que ser ampliadas por la transformación radical del contexto, económico, social y político, que las condena a la erosión y a la insuficiencia” (Tarcus 1991: 101).

Con el correr del tiempo, la opinión de Miliband se fue haciendo cada vez más crítica con respecto a la obra de Poulantzas. Con motivo de la traducción de *Poder Político y Clases Sociales* al inglés, Perry Anderson le encargó a Miliband una reseña para la NLR, que salió en 1973. El contenido crítico podría haber sido aún más intemperante, de no haber mediado el pedido de Anderson para que morigerara la beligerancia del tono elegido (Newman 2002).¹⁹ Miliband comienza su comentario explicitando la incomodidad que le producía el estilo de Poulantzas: “es una pena que el texto resulte tan oscuro para el lector que no se haya familiarizado a través de una dolorosa iniciación con el peculiar código lingüístico y con el método de exposición de la escuela althusseriana, con la que Poulantzas está relacionado” (Tarcus 1991: 107). Su segunda impugnación se dirige al abordaje althusseriano, que asume que los textos del marxismo clásico deben ser completados y sujetos a un particular tratamiento crítico. Miliband reconoce que este enfoque es legítimo, pero la cuestión pasa por si está bien hecho el trabajo de “desciframiento” althusseriano, algo que no cree. El punto de partida de Poulantzas de la noción de “autonomía relativa” del Estado es, para el profesor británico, correcto, pero el problema consiste en discernir cuán relativa es la autonomía y en qué circunstancias lo es más o menos. Dando un paso más adelante en su crítica anterior, Miliband califica al enfoque de su colega griego de *abstraccionismo estructuralista*. Con ello quiere decir que “el mundo de las ‘estructuras’ y de los ‘niveles’ que él habita tiene tan pocos puntos de contacto con la realidad histórica o contemporánea” (Tarcus 1991: 110) que difícilmente sirva para hacer un análisis político de una coyuntura concreta. Le reprocha que en su análisis no se comprende la forma en que se da la dinámica de la lucha de clases, confinada a un “balet de sombras evanescentes excesivamente formalizado” (*idem*: 110).

La tercera y más importante crítica que efectúa Miliband se refiere a la necesaria distinción entre poder del Estado y poder de clase. Poulantzas considera que el poder del

¹⁹ En la biografía de Miliband se incluyen dos cartas suyas en las que hace referencia a Poulantzas. Una está dirigida a los editores de *Monthly Review*, interesados en publicar en inglés *Fascismo y dictadura*. Comenta que considera a Poulantzas un escritor muy difícil, con un estilo poco atractivo, demasiado abstracto, a menudo muy formalista y tomado por el temor hiperalthusseriano de ser contaminado por alguna clase de información factual (Newman 2002: 204). En otra misiva, dirigida a Perry Anderson, dice que tras leer dos

Estado no es más que la expresión institucionalizada del poder de la clase. Para él, no es el Estado el que tiene un poder propio, sino la clase. Para Miliband, en cambio, negar la distinción entre ambos es clausurar toda posibilidad de autonomía del Estado y convertirlo en un simple instrumento de una clase determinada o, más aún, eliminarlo conceptualmente. La ausencia de la distinción entre ambos tipos de poder lleva a la imposibilidad de establecer la distinción entre grados de autonomía política relativa, con lo cual la política, tal como en el economicismo, se convierte en un mero epifenómeno. Esto lleva a que no se distingan las diversas formas de ejercicio de la democracia burguesa y su sistema de partidos y que se ignoren diferencias que pueden ser cruciales para los movimientos de la clase obrera.

Para Miliband, como señala Newman, era crucial distinguir las formas en que se expresa la dominación política. Para su generación, la experiencia del nazismo y el fascismo habían marcado a fuego la valoración de las condiciones de expresión más básica de los derechos humanos fundamentales, incluidos los políticos. Por eso rechazaba todo aquello que pudiera ser leído como una desconsideración de las diferencias sustantivas entre regímenes dictatoriales y democráticos. Sin embargo, en el caso de Poulantzas parece una injusta apreciación, ya que aunque en su *Poder Político...* no aborda el tema del fascismo, su libro siguiente lo dedica íntegramente a analizarlo.

La respuesta de Poulantzas

La respuesta de Poulantzas tardó un tiempo en llegar. La hizo en el número 95 de la NLR, de febrero-marzo de 1976, cuando ya habían aparecido otros trabajos suyos: *Fascismo y Dictadura* (1970), *Las clases sociales en el capitalismo actual* (1973) y preparaba el volumen colectivo *La crisis del Estado* (1976). Para entonces, otros autores se habían sumado a la polémica, entre los cuales Poulantzas decidió replicar a Laclau, en el mismo texto en el que confrontó nuevamente con Miliband, esta vez en términos mucho más duros.

El teórico greco-francés inicia su réplica rechazando los cargos de “abstraccionismo” que le formularan, en el sentido de ausencia de análisis concretos o referencias a hechos históricos. Para él, esta crítica de su colega británico se funda en una concepción empirista, por lo demás arraigada en la “cultura anglosajona” que ya había tenido oportunidad de cuestionar años atrás. Para Poulantzas, los hechos “sólo pueden ser comprendidos

veces la versión en inglés de *Poder Político y Clases Sociales*, más o menos palabra por palabra, muchos párrafos y razonamientos le resultaban incomprensibles (*idem*: 205).

rigurosamente –esto es, de forma demostrable- si son analizados explícitamente con la ayuda de un aparato teórico empleado constantemente a lo largo del texto (...) A falta de esto, ya pueden apilarse tantos hechos concretos como se desee, que no probarán cosa alguna” (Tarcus 1991: 157). El trabajo de Miliband, según el greco-francés, estaba marcado por la ausencia de “toda problemática teórica” (*idem*: 156). Poulantzas reconoce, no obstante, cierto “teoricismo” de su propio libro: “en cierta medida esto es atribuible a una posición epistemológica hiper-rígida, posición que compartí en su tiempo con Althusser” (*idem*: 158). Sin embargo, al momento en que publica esta réplica en la NLR, sus diferencias con el althusserianismo se habían acentuado, al punto de que afirma su abandono del término “práctica teórica”, que con su empleo “conjuraba el problema de la relación ‘teoría-práctica’, situándola enteramente *dentro de la misma teoría*” (*idem*: 158; subrayado del autor).

Poulantzas acepta, también, la crítica de Laclau de “cierto formalismo” en su investigación y de “cierto descuido” de los análisis concretos. Y aunque lo justifica como reacción contra las corrientes mecanicistas, neo-positivistas y economicistas que marcaron el marxismo europeo anterior a 1968, asume que fue “demasiado lejos en la otra dirección” (Tarcus 1991:161). Explícitamente señala que “en ausencia de un desarrollo masivo del movimiento (obrero), los análisis en boga eran los de Gorz y Mallet sobre las ‘reformas estructurales’, con todo su potencial reformista” (*idem*: 161). Contra esa perspectiva reformista se dirigió su trabajo. Pero fueron los sucesos de 1968 los que marcaron sus reflexiones posteriores. “El desarrollo de los conflictos de clases en Europa desde 1968 no ha dejado de tener influencia en mis cambios de posición y en las rectificaciones (que hice)” (*ibidem*).

Con relación a la crítica sobre el “lenguaje difícil”, acepta que el teoricismo lo llevó a utilizar innecesariamente un léxico inaccesible, que corrigió en trabajos posteriores. Sin embargo, insiste en que el manejo teórico de su objeto reclamaba que “rompiera con el discurso descriptivo habitual” y que es consciente de que su texto requiere, “por parte del lector, una cierta sensibilidad para los problemas políticos de la lucha de clases”. Para rematar lo ácido de su respuesta a Miliband, sostiene que “es sobre todo a una falta de esta sensibilidad política, en otras palabras a academicismo, a lo que estoy obligado a atribuir el fracaso de Miliband para comprender algunos de los análisis de mi libro” (*idem*: 162). Poulantzas afirma que tenía dos objetivos políticos precisos en *Poder Político...* El primero, “atacar directamente aquellas concepciones según las cuales la clase obrera ha llegado a integrarse o a disolverse en el capitalismo contemporáneo (...) Mi propósito era mostrar que

incluso cuando la clase obrera carece de ideología y organización política revolucionaria todavía continúa existiendo como clase diferenciada y autónoma, ya que incluso en ese caso su 'existencia' tiene efectos pertinentes en el plano político-ideológico" (*ibidem*). El segundo objetivo era demostrar la ineficacia política del reformismo como vía al socialismo. La paradoja es que ambos objetivos también eran perseguidos por el profesor británico.

A continuación, Poulantzas rechaza cualquier cargo de "estructuralismo" ("superdeterminismo estructural" o "abstaccionismo estructural") dado que, como observa Tarcus (1991: 19), ya entonces estaba empeñado "en resituar teóricamente la centralidad de la lucha de clases" (*ibidem*). Así, acepta que es un estructuralista marxista si se entiende por ello oponerse al idealismo subjetivista burgués, que asigna importancia a los individuos concretos, a la libertad humana y a la acción. Sin embargo, rechaza esta denominación si se la expresa como sinónimo de descuido de la importancia de la lucha de clases en la historia. Aborda, para explicarlo, su visión sobre la autonomía relativa del Estado, el poder de clase y el poder del Estado.

Para Poulantzas, la autonomía relativa del Estado capitalista se funda en dos cuestiones. Una es el tipo preciso de separación entre lo económico (relaciones de producción-consumo-circulación) y lo político (Estado) en el modo de producción capitalista. La segunda es la especificidad de la constitución de las clases y de la lucha de clases, en el modo de producción y en las formaciones económico sociales capitalistas. Así, dirá que la separación de lo económico y lo político suministra el marco general, pero la forma concreta que adopte dependerá de la coyuntura precisa en que se encuentre la lucha de clases. No entender esto implica mirar la cuestión desde una óptica estructuralista, como sinónimo de generalidad invariable. Rechaza así la pregunta de Miliband acerca de en qué medida es relativa la autonomía, porque la misma no puede ser respondida en términos generales, sino que depende de la coyuntura histórica concreta de un Estado concreto. Por otra parte, dice, no puede hablarse de un poder del Estado por fuera del poder de clase, y por eso rechaza la idea de autonomía relativa del Estado en relación con el poder específico del grupo conformado por los agentes del Estado.

El Estado como relación

Inmediatamente, Poulantzas introduce una definición que habrá de desarrollar luego en *Estado, poder y socialismo*, y que será su aporte más importante a la teoría del Estado. "Aún tomando la separación de lo político y lo económico bajo el capitalismo, incluso en su

fase presente, como punto de partida, el Estado debería ser contemplado como una relación o, más precisamente, como la condensación de una relación de poder entre las clases en conflicto” (Tarcus 1991: 170). Aquí se diferencia teórica y políticamente de las concepciones del Estado predominantes en el campo socialista. Por una parte, la idea del Estado como cosa, que puede ser utilizado como instrumento al servicio de los intereses de clase (como en la concepción comunista ortodoxa del capitalismo monopolista de Estado, que concibe al aparato estatal como herramienta al servicio directo del capital monopólico) y, por la otra, la del Estado como sujeto, con capacidad tal de actuar por su cuenta y por encima de los intereses en pugna, grata a la visión socialdemócrata.

“La autonomía relativa del Estado –afirma-, fundada en la separación entre lo económico y lo político, es inherente a su estructura misma (el Estado es una relación), en tanto y en cuanto es el resultado de las contradicciones y de la lucha de clases expresadas, siempre en su propia forma específica, en el interior del Estado mismo: ese Estado simultáneamente atravesado y constituido por dichas contradicciones de clase” (Tarcus 1991: 171). No puede hablarse, entonces, de un aparato estatal externo a la sociedad en la cual encarna. Las contradicciones sociales se expresan y materializan en las formas que adopta y las políticas que implementa el Estado mismo. Y agrega: “De hecho, concebir al Estado capitalista como una relación, como algo estructuralmente atravesado y constituido por las contradicciones de clase, significa aferrar firmemente el hecho de que una institución (el Estado) destinada a reproducir las divisiones de clases no puede ser realmente un bloque monolítico y sin fisuras, sino que está dividida en virtud de su misma estructura (el Estado es una relación)” (*ibidem*). De este modo, da un paso fundamental para explicar la aparente anarquía, incongruencia y contradictoriedad que exhiben las políticas del Estado y los órganos encargados de ejecutarlas. Porque en la medida en que el Estado expresa la conflictividad básica de la relación social de dominación, no puede sino hacerlo de manera contradictoria y queda así muy lejos de ser un cuerpo monolítico y omnisciente.

Los diversos órganos y ramas del Estado (ejecutivo, parlamento, ejército, poder judicial) “revelan contradicciones sustanciales entre ellos; con frecuencia cada uno constituye el asiento y la representación –la cristalización- de esta o aquella fracción del bloque en el poder, este o aquel interés específico y competitivo” (*idem*: 172). Lo que haga el Estado puede aparecer como caótico y contradictorio, porque resulta de las contradicciones entre órganos y ramas. “Lo que está involucrado es un proceso de

selectividad estructural”,²⁰ un proceso de decisión (y de no-decisión) contradictorio, de “reacciones institucionales compensadoras inmediatas y mutuamente conflictivas”, de filtrado por cada órgano de las medidas tomadas por los otros, etcétera. Este concepto de “selectividad estructural” es central en la evolución del pensamiento de Poulantzas. Partiendo de un enfoque con fuerte anclaje “estructuralista”, la idea de selectividad implica una suerte de límite último, de frontera, pero no de determinación, dejando un mayor espacio teórico para la dinámica de la lucha de clases. “En resumen, la autonomía relativa del Estado con respecto a esta o aquella fracción del bloque en el poder, esencial para su papel de unificador político de este bloque bajo la hegemonía de una clase o fracción, aparece (...) como una resultante de contradicciones entre órganos y entre ramas. Más aún, tales contradicciones son inherentes a la estructura misma del Estado capitalista cuando se considera a éste como la condensación de una relación de clases fundada en la separación de lo económico y lo político” (Tarcus 1991: 172).

Marxismo y política

En 1977, Miliband publica *Marxismo y Política*, obra en la cual parece recoger el guante de la impugnación de empirismo y falta de teoría en su libro anterior, para repasar exhaustivamente los temas centrales de la teoría marxista clásica, a la luz de los sucesos posteriores al 68. Temas como las clases sociales y el conflicto de clases, la ideología, la hegemonía, el Estado, el partido, la dictadura del proletariado, el dilema reforma-revolución, son sometidos a exhaustiva revisión. Miliband hace un recorrido minucioso de la obra de Marx y Engels, para rescatar a los clásicos de la lectura estalinista compilada en los manuales de la Academia de Ciencias de la Unión Soviética y divulgada por la mayoría de los Partidos Comunistas del mundo. Allí también salda cuentas con el legado de Lenin y aboga por una lectura democrática de la estrategia revolucionaria. Su propósito no es meramente académico: procura incidir en el debate político.

Miliband vuelve sobre el Estado y su polémica con Poulantzas, sin nombrarlo, para señalar que la definición clave del Manifiesto Comunista de que el Estado es un instrumento

²⁰ Es interesante como esta definición poulantziana es “traducida” por Guillermo O’Donnell (1984), quien afirma que “el Estado garantiza y organiza la reproducción de la sociedad *qua* capitalista porque se halla respecto de ella en una relación de *“complicidad estructural”*”. Para el politólogo argentino, el Estado es parte, como aspecto, de la sociedad y ya es capitalista por esto, sin que sean necesarias decisiones y voliciones de sus agentes para que llegue a serlo. La arquitectura institucional del Estado, dice O’Donnell, y sus decisiones (y no decisiones), son por una parte expresión de su complicidad estructural y, por la otra, el resultado contradictorio y sustantivamente irracional de la modalidad, también contradictoria y sustantivamente irracional, de existencia y reproducción de su sociedad.

de la clase dominante, es una formulación compleja y no debe ser leída en forma lineal. Subraya, a continuación, que la relación entre la “clase dirigente” y el Estado es un problema que no puede darse por resuelto de modo simple. A la pregunta de por qué, según el marxismo, se debe pensar que el Estado es el “instrumento” de una “clase dirigente”, señala que “los marxistas han dado tres respuestas distintas a esta pregunta, ninguna de las cuales ha recibido una adecuada teorización” (Miliband 1978: 89). Una se refiere al carácter de su personal dirigente, otra a las presiones ejercidas por la clase económicamente dominante y la tercera, a los límites estructurales impuestos por el modo de producción. La primera atañe a los vínculos sociales, ideológicos y políticos entre la élite del Estado y la clase económicamente dominante. En una suerte de revisión o aclaración sobre lo expuesto en *El Estado....*, dirá que aunque útil para el estudio de la naturaleza del personal del Estado, esta postura es “susceptible también de numerosas y muy serias objeciones” (*idem*: 90) y que la correlación que puede hacerse en términos de clase “entre la élite del Estado y la clase económicamente dominante no es adecuada para zanjar la cuestión” (*idem*: 91). Por eso afirma que “la orientación clasista del Estado no está determinada, o al menos no lo está de forma decisiva y concluyente, por los orígenes sociales de su personal dirigente” (*idem*: 93).

La segunda respuesta está relacionada con el poder económico que la clase dominante puede ejercer gracias a la propiedad y el control de los recursos económicos y de los otros, y a su fuerza e influencia como grupo de presión. “También hay algo de verdad en esta explicación”, afirma Miliband (1978: 93), pero la considera insuficiente. La tercera respuesta es la “estructural”: “el Estado es el “instrumento” de una “clase dirigente” porque, *dada su inserción en el modo de producción capitalista*, no puede ser otra cosa. En esta perspectiva, la cuestión no depende del personal del Estado ni de la presión que la clase capitalista sea capaz de ejercer sobre él; la naturaleza del Estado esta determinada aquí por la naturaleza y las exigencias del modo de producción. Hay “límites estructurales” que ningún gobierno, cualesquiera que sean su carácter, sus deseos y sus promesas, puede ignorar o evadir” (*idem*: 94). A renglón seguido, Miliband afirma, evocando a Poulantzas,²¹ que la perspectiva “estructural” tiene muchas cosas válidas e integra la visión marxista del Estado, “aunque tampoco haya recibido nunca una adecuada teorización. Pero tiene también algunas deficiencias que puedan convertirse fácilmente en monstruosas debilidades” (*ibidem*).

Entre lo rescatable de la explicación estructural, Miliband destaca un aspecto que él mismo incluyó en *El Estado en la sociedad...:* “ayuda a comprender porqué los gobiernos

²¹ Aunque sólo hace referencia a las obras de la célebre polémica entre ambos en una nota al pie en la página siguiente.

actúan como lo hacen; por ejemplo, por qué los gobiernos que prometen grandes reformas antes de alcanzar el poder –y son elegidos precisamente por hacer tales promesas- en la mayor parte de los casos no consiguen realizar, como mucho, más que una parte muy pequeña de su programa reformista” (Miliband 1978: 95). La debilidad, en cambio, consiste en que le pone demasiado fácilmente límites arbitrarios a lo posible y priva a los agentes de toda libertad y opción de maniobra. Al convertirlos en meros “portadores” de fuerzas objetivas, se cae en una trampa determinista –“hiperestructuralista”- ajena al marxismo.

Para Miliband, la forma superadora de comprender la naturaleza del Estado es a través del concepto de autonomía relativa, que explica porqué el Estado actúa *en nombre* de la clase dirigente, pero no *bajo sus órdenes*, de modo que no es un mero instrumento. Y agrega que una cosa es entender la naturaleza de clase de todas las formas de Estado capitalista, sean dictaduras o democracias, y otra es subestimar las diferencias que, en el terreno de la lucha política, suponen tales diferencias de regímenes. Pone de ejemplo trágico la línea de la Komintern hasta 1935, que no distinguía entre socialdemocracia y fascismo como enemigos de la clase obrera, por considerarlos a ambos en el campo burgués. Sólo después de la conquista de Alemania por los nazis la III Internacional impulsó la política de Frente Unico, impulsando alianzas anti-fascistas.

El dilema: reforma o revolución

El último capítulo de *Marxismo y Política* lo dedica Miliband a un dilema nodal: reforma o revolución. Es en estas páginas, precisamente, donde aborda una preocupación política que lo acerca a Poulantzas mucho más de lo que ambos y sus respectivos comentaristas admitirían. Parte de la pregunta ¿qué estrategia exige la realización de la revolución socialista? Señala que, en las filas del marxismo, se ha dado una permanente tensión entre los seguidores de las vías “constitucional” e “insurreccional”, lo que no necesariamente se debe asociar a los términos reforma y revolución. Para Miliband, la vía insurreccional no asegura la culminación en una transformación verdaderamente revolucionaria, ni el acceso al poder a través de un proceso electoral signa el camino reformista. Más bien, lo que distingue al reformismo es su renuncia a abolir las relaciones de producción burguesas. Refiriéndose a los partidos de origen obrero –socialdemócratas- de Alemania, Gran Bretaña y Suecia, dice que “son partidos de la reforma social, cuyos líderes y personal dirigente se encuentran, en su inmensa mayoría, sólida y cómodamente establecidos en el orden social existente y no tienen en absoluto la intención de embarcarse

en algo que se parezca a su completa transformación, por muy lenta y pacífica que fuese esa perspectiva (...) El socialismo que estos dirigentes proclaman, cuando efectivamente lo proclaman, es un arma retórica y un sinónimo de las diversas mejoras que exige una sociedad necesariamente imperfecta” (*idem*: 199). El reformismo, entonces, es esa estrategia de reformas dentro del capitalismo como fin en sí mismo, y no como parte de un plan coherente y comprensivo hacia el socialismo. Es cierto que “la lucha por las reformas en un régimen democrático-burgués nunca se tomó en el marxismo clásico como algo incompatible con el avance de las metas y los objetivos revolucionarios. Al contrario, esa lucha es una parte esencial de la tradición marxista” (*idem*: 202). Sin embargo, los defensores de la estrategia “revolucionaria” han tendido a darle menos importancia a la lucha por las reformas y se dedicaron más a impulsar objetivos inalcanzables como parte de una política para “desenmascarar” al capitalismo. El límite de este camino siempre ha sido el aislamiento sectario e ineficaz.

Para Miliband, el “reformismo” marxista, en cambio, “tiene una visión a largo plazo del avance hacia el socialismo”, que incluye “una creencia en la necesidad de erosionar las estructuras del capitalismo” (*idem*: 204), en un proceso en muchos frentes y niveles diferentes, que implica una política de conflicto. Pero lo verdaderamente importante es que tal política se encauza dentro de los límites constitucionales de la democracia burguesa, con una fuerte insistencia en los éxitos electorales a nivel municipal, regional y nacional, aunque no descuide las luchas industriales (huelgas, paros, ocupaciones) y las movilizaciones, marchas y campañas por reivindicaciones diversas. “El problema básico es que la democracia y el constitucionalismo burgués generan unas presiones considerables sobre los movimientos revolucionarios y los conducen hacia lo que podría denominarse un constitucionalismo recíproco” (*idem*: 206). En sí mismas, dice Miliband, “la legalidad y la constitucionalidad no significan, al menos en circunstancias no revolucionarias, el abandono de los objetivos revolucionarios o no tienen porqué significarlo necesariamente” (*ibidem*). Pero lo más significativo que destaca es que “los partidos con serias ambiciones electorales, por muy auténtica que sea su intención última de superar las estructuras capitalistas, se sentirán inevitablemente tentados de aumentar su atractivo insistiendo en la relativa moderación de sus metas inmediatas (y no tan inmediatas)” (*ibidem*).

Al “reformismo” marxista, entendido como defensa diaria de los intereses obreros e intervención plena en la política de la democracia burguesa, se le opuso la política “insurreccional” que se asoció a una particular interpretación del leninismo, en una etapa precisa: la de la ola revolucionaria que, en el Occidente desarrollado, culminaría en derrota

hacia 1920. Contra la expectativa de Lenin de un pronto alzamiento anti-capitalista en los países europeos más avanzados, las nuevas circunstancias hicieron variar las posiciones y la adaptación al nuevo contexto implicó que se levantara la consigna de el “socialismo en un solo país”, que “muy pronto se convirtió en parte de la dogmática estalinista” (Miliband 1978: 218). A partir de entonces, el comunismo oficial abandonó la política insurreccional y la opción de los PC de todo el mundo fue el constitucionalismo y el electoralismo como vía posible y deseable al socialismo. Es decir, reformismo. Un ejemplo claro: “en mayo de 1968 se le ofreció repentinamente al PC francés la oportunidad de moverse en dirección a la política insurreccional, que rechazó con pocas dudas, si es que tuvo alguna” (*idem*: 220).

La estrategia revolucionaria

A continuación, Miliband desarrolla una cuestión central y de permanente actualidad. Suponiendo una correlación de fuerzas favorable que le permita acceder al poder, sea por la vía insurreccional o por la vía electoral: ¿cómo debería enfrentar una fuerza de izquierda las tareas de transformación revolucionaria? ¿Cuál sería el significado institucional de la “dictadura del proletariado”? Aquí reaparece el problema crucial del Estado y su “destrucción”, lo que plantea un dilema teórico. “Un acceso constitucional al poder podría ir seguido de una remodelación total de las instituciones estatales, y una toma de poder no implica *necesariamente* tal remodelación. Es más, como lo que se intenta es extender el poder popular, una transición pacífica podría ser más favorable a ese proyecto que una violenta” (*idem*: 225). Para Miliband, “la diferencia teórica esencial es la que existe entre un proyecto que considera la realización de una transformación socialista por medio de las principales instituciones políticas –especialmente el parlamento- heredadas de la democracia burguesa, aunque puedan ser reformadas en mayor o menor medida en direcciones más democráticas y un proyecto que considera la transformación total de las instituciones políticas existentes como parte integrante y sustancial de una revolución socialista” (*idem*: 226).

La experiencia soviética había mostrado que la estrategia leninista de “destrucción” del Estado burgués no había dado paso a una sociedad plenamente democrática (la verdadera “dictadura del proletariado” imaginada por Marx y por Lenin mismo en *El Estado y la Revolución*). Porque la tensión entre la exigencia de *dirección* para enfrentar la oposición burguesa y la de *democracia*, en un contexto insurreccional como el de Rusia de 1918, se resolvió a favor de la férrea centralización en manos del partido y no del poder popular de los

soviets. “Donde se ha tomado el poder, los revolucionarios tienen que crear un Estado fuerte en el lugar del viejo Estado si quieren que su revolución sobreviva y comience a cumplir sus promesas y sus fines” (*idem*: 229). Pese a la derrota de la experiencia del Chile de Salvador Allende, Miliband reivindica la vía electoral de acceso al poder, como fuente de mayores posibilidades para el desarrollo democrático de la revolución, aunque apunta varios requisitos para garantizar su supervivencia exitosa.

Asume que habrá resistencia de la burguesía y de los miembros de la burocracia estatal, por lo que será necesario conjurar el caos de la administración. “Esto quiere decir que *también* dentro del sistema de Estado y en todos sus niveles se librará una batalla que es, en realidad, la lucha de clases y que, dicho sea de paso, también habrá que librar, aunque el Estado haya sido previamente “destruido”. Pero la marcha de esa batalla dependerá en buena medida tanto de lo que ocurra *fuera* del sistema estatal como de lo que suceda *dentro*” (*idem*: 233). Fuera del Estado, la lucha se librará en fábricas, comercios, oficinas, cuarteles, escuelas, universidades, en los medios de comunicación y en la calle: todas las formas de la vida social se “politizarán” en los momentos de grandes tensiones y crisis sociales. Desde el gobierno habrá que enfrentar la resistencia de las fuerzas conservadoras y aquí importarán las propias actitudes y acciones gubernamentales y se pondrá en tensión la senda constitucional. “Marx tenía razón cuando decía que el sufragio universal da el derecho de gobernar, pero no da el poder de gobernar. Hay, sin embargo, una gran diferencia entre saber eso y saber *cómo* actuar y estar *dispuesto* a actuar, de acuerdo con lo que se sabe” (*idem*: 237).

Para avanzar con su programa, un gobierno popular sólo cuenta con un recurso importante: el apoyo de masas. Pero este apoyo en las urnas tiene que ser mantenido en los momentos difíciles y además tiene que ser movilizad, para lo cual contará con la organización de los partidos que sostienen al gobierno. Sin embargo, apunta Miliband, lo que se necesita “es algo mucho más amplio que todo lo que puedan ofrecer esas organizaciones, esto es, una red flexible y compleja de órganos de participación popular que operen en toda la sociedad civil y cuyo objetivo no sea *reemplazar* al Estado, sino *complementarlo*”. El concepto de “doble-poder” es traducido en una combinación entre órganos de participación popular que, en lugar de desafiar al gobierno, actúan como factor defensivo-ofensivo para desplegar el poder del gobierno popular.

Miliband entiende que una estrategia “reformista”, emprendida seriamente y llevada hasta sus últimas consecuencias, “puede producir una enorme extensión de la participación democrática en todas las áreas de la vida civil” (*idem*: 238) y trascender las formas de la

democracia burguesa. Lo que sigue a la “destrucción” del Estado burgués es la aparición de otro “Estado propiamente dicho”, porque éste es “una necesidad absolutamente imperiosa en la organización del proceso de transición de la sociedad capitalista a la socialista” (*idem*: 239). Pero tal proceso de transición “*incluye y exige* cambios radicales en las estructuras, los modos de actuación y el personal del Estado existente, así como la creación de una red de órganos de participación popular equivalentes al ‘doble poder’” (*ibidem*).

Igual que Poulantzas en su último libro, como veremos enseguida, Miliband percibe la necesidad de que el socialismo reúna la potencialidad revolucionaria de la participación y la movilización más amplias y extensas posibles, con los mecanismos de las libertades civiles consagrados en la democracia burguesa y conquistadas tras varios siglos de luchas populares. La ironía, como señala el biógrafo de Miliband, es que pese al mutuo rencor que quedó como amargo desenlace del intercambio entre ambos autores, en 1976 los dos tenían posiciones bastante más cercanas que cuando escribieron sus primeros trabajos (Newman 2002: 211).

Estado, poder y socialismo

Un año después de aparecido *Marxismo y política*, Poulantzas publica la que sería su última obra importante: *Estado, poder y socialismo*, donde avanza en su trascendente aporte sobre el Estado como relación social. Aunque de una forma menos articulada que en su primer libro, en éste Poulantzas vuelve sobre la problemática estatal y deja planteadas una serie de cuestiones muy relevantes para la teoría y par la praxis.

A resultas del debate con Miliband y otros autores, sus posiciones más teóricamente abstractas y encuadradas en el marco althusseriano fueron dejando paso a un interés más inmediatamente político. Poulantzas empezó a trabajar sobre el nexo entre teoría y práctica de un modo más directo y pertinente. Como afirma Hall (1980: 63), ello indica, en parte, una respuesta a los desarrollos que le planteaba la coyuntura, signada por el quiebre de las antiguas dictaduras de España, Grecia y Portugal, la experiencia chilena, la emergencia de las corrientes eurocomunistas, la apertura y los dilemas del “programa común” (de socialistas y comunistas) en Francia y la contradictoria evolución del “compromiso histórico” del Partido Comunista italiano. La crisis del Estado capitalista se hacía más evidente y la apertura hacia la izquierda aparecía como una alternativa histórica genuina. Sin embargo, la sombra del estalinismo y el Gulag se cernía sobre el horizonte. Mientras el socialismo retornaba a la

agenda, también lo hacía la cuestión de la crisis del “socialismo real” y del marxismo ortodoxo.

Estas circunstancias influyeron mucho en la cada vez mayor diferenciación de Poulantzas respecto de Althusser y su “núcleo duro” (Balibar, Rancière, Debray) y la apertura crítica hacia otras problemáticas y autores. En *Estado, Poder y Socialismo*, toma e integra un serie de posiciones y argumentos –aunque los confronta- que implican una reformulación de sus posiciones anteriores. Su experiencia personal e intelectual, profundamente inquietante, llevan al último Poulantzas a revisar varias de las posiciones que años atrás daba por cerradas. Esto lo conduce a abrirse a un abanico muy rico de conceptos e ideas que su antigua ortodoxia le cerraba, pero también a ciertas fluctuaciones de tono y énfasis, en un movimiento discursivo de constantes avances y retrocesos, que da la sensación de que su último libro es, trágicamente, un trabajo inconcluso (Hall 1980: 64).

El libro se divide en una introducción, cuatro partes y una propuesta final. Temas como la materialidad institucional del Estado (complejo de aparatos), el papel de las luchas políticas (“condensación de las relaciones de fuerza de clases”) y las funciones económicas del Estado (interviene en la constitución de las relaciones de producción), ya eran tratados en sus obras anteriores, pero en este último libro aparecen con un cambio de énfasis o de tendencia (Hall 1980).

Saldando cuentas

En la primera página de *Estado, poder y socialismo*, como advertencia, Poulantzas señala: “la urgencia que se encuentra en el origen de este texto concierne, ante todo, a la situación política en Europa: si la cuestión de un socialismo democrático está lejos de hallarse a la orden del día en todas partes, se plantea, no obstante, en varios países europeos. Dicha urgencia concierne, igualmente, a la emergencia de un nuevo fenómeno –el estatismo autoritario-, que marca, poco o mucho, al conjunto de los países llamados desarrollados. Remite, en fin, a la discusión que se desarrolla en la actualidad, tanto en Francia como en otros lugares, sobre el Estado y el poder”. Y agrega que los estudios sobre el Estado generalmente se presentaron o en forma teórica o en forma de intervención política en una coyuntura precisa. Para él, los problemas del momento eran lo suficientemente importantes y nuevos como para ser tratados a fondo, pero al mismo tiempo, mostrando un signo claro de su búsqueda política, dirá que “la teoría no puede complacerse en su torre de marfil” (1979: 5).

Saldando cuentas con el instrumentalismo y el “tecnocratismo de izquierda”, afirma que el Estado “presenta (...) una armazón material propia, que no puede reducirse, en absoluto, a la sola dominación política. El aparato del Estado es algo especial, y por tanto temible, que no se agota en el poder del Estado. Pero la dominación está, a su vez, inscrita en la materialidad institucional del Estado. Si el Estado no es producido de arriba abajo por las clases dominantes, tampoco es simplemente acaparado por ellas: el poder del Estado está trazado en esa materialidad. No todas las acciones del Estado se reducen a la dominación política, pero todas están constitutivamente marcadas por esa dominación. Esto es lo que hace falta demostrar” (*idem*: 8/9). Y, distanciándose del estructuralismo de Balibar, dice que “es más necesario que nunca seguir desmarcándose de una concepción economicista-formalista que considera la economía como compuesta de *elementos invariantes* a través de los diversos modos de producción, de naturaleza y esencia cuasi aristotélica, autorreproducible y autorregulada por una especie de combinación interna (...) Esta concepción oculta el papel de las luchas alojadas en el corazón mismo de las relaciones de producción y explotación” (*idem*: 10). Esta perspectiva, señala Poulantzas, puede dar lugar a una concepción economicista-mecanicista de la superestructura como simple reflejo de la estructura. Pero también a una idea que concibe al conjunto social “bajo la forma de instancias o niveles autónomos por naturaleza o esencia” (*ibidem*). Y agrega que “ambas conciben las relaciones entre el Estado y lo económico como relaciones de exterioridad por principio, cualesquiera que sean las figuras empleadas para designarlas” (*idem*: 11). Para Poulantzas, en cambio, “lo político-estatal estuvo siempre, aunque bajo formas diversas, constitutivamente presente en las relaciones de producción y, por consiguiente, en su reproducción”²²(*idem*: 12). Aquí se advierte como Poulantzas diluye la línea demarcatoria entre economía y política presente en su primer trabajo, para reunir las en un plano inescindible de constitución de las relaciones capitalistas de dominación.

Avanzando sobre el encuadre teórico del “problema Estado”, afirma que “...no puede existir una teoría general de la economía con un objeto teórico invariante a través de los diversos modos de producción, de la misma manera que no puede existir una `teoría general´ de lo político-estatal con un objeto teórico invariante a través de esos modos” (*idem*: 15). No hay teoría general del Estado porque no puede haberla, ya que no existe como tal en la realidad sino en la especificidad de su materialización histórica. Por el contrario, dice,

²² En un artículo de 1977, Holloway y Piccioto (1994) le criticaron a Poulantzas que, al hacer una lectura de la autonomía de lo político como instancia separada de lo económico, ignoraba que economía y política forman parte inescindible de una misma relación social. Sin embargo, el correcto señalamiento de Holloway-Piccioto

“resulta perfectamente legítima una teoría del Estado capitalista, que construya un objeto y un concepto específicos: ello se hace posible por la separación entre el espacio del Estado y la economía bajo el capitalismo” (*idem*: 16). Y esta teoría del Estado capitalista “no puede ser aislada de una historia de su constitución y de su reproducción” (*idem*: 23).²³

En una vuelta de tuerca sobre la definición althusseriana, excesivamente abstracta y formalista, de los modos de producción y las formaciones sociales que había propuesto en *Poder político...*, Poulantzas señala que no hay que considerar a las formaciones sociales “como simples apilamientos-concretizaciones espacializados del modos de producción reproducidos en abstracto, ni considerar, por tanto, un Estado concreto como simple realización del Estado del modo de reproducción capitalista. Las formaciones sociales son terrenos efectivos de existencia y reproducción de los modos de producción y, por consiguiente del Estado en sus diversas formas” (*idem*: 23), que no pueden ser deducidas del tipo capitalista de Estado entendido como objeto abstracto-formal. No obstante su intento de despegarse de la dureza del planteo althusseriano, Poulantzas no avanza en una explicación que eluda la formulación críptica.

Otorgando un papel más destacado a la lucha de clases y su entrelazamiento constitutivo con las relaciones de poder, Poulantzas da una vuelta de tuerca sobre sus posiciones iniciales. Si antes eran las estructuras las que determinaban la posibilidad de que la lucha tuviera impacto sobre la materialidad estatal, ahora son las luchas mismas las que ocupan el lugar central y fundante. “Si los poderes de clase no se reducen al Estado y desbordan siempre a sus aparatos, se debe a que esos poderes, enraizados en la división social del trabajo y la explotación, conservan siempre la primacía sobre los aparatos que los encarnan, en particular el Estado. Lo cual equivale a expresar, bajo una forma diferente, la proposición de que, en la compleja relación lucha de clases/aparatos, *son las luchas las que tienen el papel primero y fundamental*, luchas (económicas, políticas, ideológicas) cuyo campo, ya a nivel de la explotación y de las relaciones de producción, no es otro que el de las relaciones de poder” (*idem*: 38). El problema sigue siendo como ejemplificar tal formulación.

es más pertinente para las primeras obras de Poulantzas, pero no para la última, donde claramente aparece esbozada la idea de relación social compleja y contradictoria.

²³ “Hay que convencerse de una vez por todas: como ahora sabemos, no se puede pedir a una teoría, por científica que sea, incluido el marxismo, que sigue siendo una real teoría de la acción, dar más de lo que puede. Hay siempre una distancia estructural entre la teoría y la práctica, entre la teoría y la realidad” (1979: 20).

El fantasma de Foucault

Otros antagonistas de este último Poulantzas son los llamados “nuevos filósofos”, que emergieron tras las huellas de Foucault y Guattari, con una activa presencia en la escena intelectual francesa. Poulantzas impugna la concepción de estos autores, que achacaban al marxismo una incorrecta concepción del poder como algo reducido al Estado. Para él, “las relaciones de poder, como sucede con la división social del trabajo y la lucha de clases, *desbordan con mucho al Estado*” (*idem*: 37). También critica especialmente a la corriente seguidora de Claude Lefort y Castoriadis, con su insistencia en la primacía de lo social (la “sociedad” como principio “instituyente” del Estado). El error de los fundadores de *Socialismo o Barbarie*, según él, está en deducir una política antiestatista de una visión en la que el Estado casi desaparece de su papel propio y es un simple apéndice de las luchas y del poder. Para Poulantzas, en cambio, “es el papel terriblemente real del Estado lo que exige una transición al socialismo ampliamente apoyada en la democracia directa, lo cual implica el conocimiento exacto del Estado y de su papel actual” (*idem*: 39/40).

Poulantzas, si bien admite que “las relaciones de poder no recubren exhaustivamente las relaciones de clase y pueden desbordarlas”, advierte a continuación que “ello no significa, sin duda, que en este caso carezcan de referencia de clase, que no se sitúen también en el terreno de la dominación política.(...) Consecuencia conocida: en una transición al socialismo no basta con transformar radicalmente los aparatos del Estado para abolir o transformar el conjunto de las relaciones de poder” (*idem*: 45). Aquí cuestiona en forma directa las posiciones de Foucault y Deleuze, entonces muy en boga, acerca de las innumerables micro-situaciones de poder. Dirá pues que “todo poder (y no sólo un poder de clase) existe únicamente materializado en aparatos (y no sólo en aparatos estatales). Estos aparatos no son simples apéndices del poder, tienen un papel constitutivo: el mismo Estado está orgánicamente presente en el engendramiento de los poderes de clase. Pero en la relación poder/aparatos y, más particularmente, lucha de clases/aparatos, la lucha (de clases) es la que tiene el papel fundamental. Lucha cuyo campo no es otro que el de las relaciones de poder, de explotación económica y de dominación/subordinación político-ideológica. Las luchas tienen siempre la primacía sobre los aparatos-institucionales y los desbordan constantemente” (*idem*: 47/48). Es precisamente en esta confrontación con Foucault donde Poulantzas recupera el papel activo de las luchas y su lugar central en la determinación de la materialidad estatal.

La intención evidente de Poulantzas es confrontar con los diagramas abstractos de poder de Foucault y su consecuente tendencia a diluir y dispersar el poder entre un pluralismo de micropoderes. Le cuestiona su incapacidad de reconocer la cristalización del saber y el poder en el marco organizacional del Estado. El autor greco-francés creía que esta perspectiva llevaba tanto a un “libertarianismo de izquierda”, al estilo del que se puso de moda en el 68, como al “libertarianismo de derecha” anti-Gulag, que afloró a fines de los 70 (Hall, 1980) y del cual él mismo se sentía víctima en las aulas universitarias. En las páginas de *Estado, poder, y socialismo*, sin embargo, se esfuerza por rescatar los aportes sustantivos de Foucault –a quien respeta- sobre la naturaleza del poder y reconducirlos desde la perspectiva marxista. Esta será la tensión que late en el texto y que, según autores como Hall, no termina de ser resuelta en un todo convenientemente articulado.²⁴

Lucha y dominación políticas

Poulantzas dedica la segunda parte de *Estado, poder y socialismo* a analizar al Estado en términos de dominación política y de lucha política. En su afán de resaltar el papel activo de la lucha, y aclarando sus propias propuestas de una década atrás, dirá que “una teoría del Estado capitalista no puede construir su objeto refiriéndose solamente a las relaciones de producción, sin que la lucha de clases en las formaciones sociales intervengan más que como un simple factor de variación o de concretización de este Estado, tipo ideal, en tal o cual Estado concreto”. La función de una teoría del Estado es explicar cómo se reproduce históricamente el Estado en cada estadio o fase del capitalismo (Estado liberal, Estado intervencionista, estatismo autoritario) y las formas que adoptan sus regímenes (fascismo, dictadura, parlamentarismo). Lo central, para

²⁴ En una crítica a *Estado, poder y socialismo*, Hall sostiene que si bien el libro contiene muchas proposiciones muy sugestivas, el modo en que son manejadas y desarrolladas no llega a ser satisfactorio. Reprocha que los términos, conceptos y formulaciones clave tomados a préstamo de Foucault, que le agregan nuevas dimensiones al pensamiento poulantziano, no fueron tratados con el rigor que merecían. Para Hall, el punto es que el planteo de Foucault de que las microestructuras del poder están implícitamente en todas las relaciones sociales, se contraponen al concepto de poder emanado de un centro complejo. Desde esa perspectiva, el Estado no aparece como una instancia especialmente decisiva. Por eso resulta teóricamente inconsistente tomar algunos conceptos de Foucault y reinterpretarlos, corregidos, para que engarcen con la concepción convencional sobre el Estado, el poder del Estado y las relaciones de clase, como hace Poulantzas. Hall reconoce que el propósito de Poulantzas había sido rescatar los aportes de Foucault de las interpretaciones de los Nuevos filósofos, pero cree que para que ello pueda hacerse hace falta hacer un análisis previo y riguroso de la propuesta teórica global. Foucault, por ejemplo, ve a la dupla saber-poder implicada en cada hecho de institucionalización. Cada regulación es una exclusión y cada exclusión es una operación de poder. El poder, para el filósofo, es una máquina abstracta cuya acción está en todos lados y es asumida como previa a su concreción en cualquier campo particular. Desde que el poder está en todos lados, la resistencia

Poulantzas, es que una teoría del Estado debe ser capaz de explicar las metamorfosis, los cambios de su objeto. Para empezar, hay que identificar las transformaciones que presentan las relaciones de producción y la división del trabajo a lo largo de la historia, que se expresan en el Estado. Estas transformaciones remiten a la “modificación en la constitución y en la reproducción de las clases sociales, de su lucha y de la dominación política” (*idem*: 148).

Poulantzas confronta aquí con las visiones que vinculan al Estado con las relaciones de producción entendidas como estructura económica, sin hacer intervenir a la lucha de clases y a la dominación política sino *a posteriori*. Esto lleva a subestimar las formas específicas que adopta tal dominación por parte del Estado. También critica las concepciones que toman las proposiciones generales de los clásicos marxistas sobre el Estado como una “teoría general” (marxista-leninista) que solo habría que aplicar a los casos concretos (aunque no lo nombra, también piensa en Miliband). Cuestiona proposiciones como “todo Estado es un Estado de clase; toda dominación política es una dictadura de clase; el Estado capitalista es un Estado de la burguesía” (p.149), asociadas a las posturas del Partido Comunista Francés. Subraya las nefastas consecuencias políticas de la simplificación-dogmatización estaliniana: la estrategia para hacer frente al avance del fascismo es un ejemplo claro de ello, al no diferenciar entre la forma democrático-parlamentaria y el Estado fascista²⁵. Aquí resuena una respuesta al cargo que le efectuara Miliband en el debate, precisamente, de no distinguir entre diversos regímenes políticos. Por eso, dice que “la urgencia teórica es (...) *captar la inscripción de la lucha de clases, y más particularmente de la lucha y de la dominación políticas, en la armazón institucional del Estado de manera que logre explicar las formas diferenciales y las transformaciones históricas de este Estado*” (*idem*: 150; subrayado del autor).

Poulantzas insiste en que la burguesía no se conforma como clase política dominante al margen o antes de un Estado creado por ella a su conveniencia, sino que el Estado mismo constituye “la unidad política de las clases dominantes: instaure estas clases como clases dominantes” (*idem*: 152). Y explica que el Estado “puede cumplir este papel de organización y de unificación de la burguesía y del bloque en el poder en la medida en que posee una *autonomía relativa* respecto a tal o cual fracción y componente

es un concepto sin hogar. El anarco-libertarianismo implícito en Foucault exigía un tratamiento más riguroso por parte de Poulantzas (Hall 1980: 66/67).

²⁵ Es interesante destacar que en *Marxismo y política*, Miliband también da el mismo ejemplo de la Komintern y el fascismo para ilustrar el error de no entender las diferencias entre las distintas formas de dominación burguesa, que le plantean a la clase obrera escenarios de lucha muy diversos (1978: 107).

de ese bloque, respecto a tales o cuales intereses particulares” (*ibidem*; subrayado del autor).

Precisando algunas de sus formulaciones anteriores, sostiene que el Estado capitalista “no debe ser considerado como una entidad intrínseca, sino como una relación, más exactamente como la condensación material de la relación de fuerzas entre clases y fracciones de clase, tal como se expresa, siempre en forma específica, en el seno del Estado” (*idem*: 154). Pero el Estado “no se reduce a la relación de fuerzas, presenta una opacidad y resistencia propias. Un cambio en la relación de fuerza entre clases tiene siempre, desde luego, sus efectos en el Estado, pero no se traduce de forma directa e inmediata: se adapta a la materialidad de sus diversos aparatos y sólo se cristaliza en el Estado bajo una forma refractada y diferencial según sus aparatos. Un cambio del poder del Estado no basta nunca para transformar la materialidad del aparato del Estado: esa transformación depende, como es sabido, de una operación y acción específicas” (*idem*: 157). Poulantzas parece diferenciar en este pasaje entre la instancia más visible en que puede expresarse una correlación de fuerzas dada, por ejemplo en el gobierno, y la compleja estructura estatal. Significa que no todo cambio político surgido de una determinada relación de fuerzas entre clases o fracciones de clase tiene un correlato inmediato y directo sobre el aparato estatal. Porque la traducción en políticas públicas y/o en la modificación de las oficinas públicas es un proceso complejo, que obedece a diversas lógicas de acción, según sean los intereses en juego y sus capacidades y recursos relativos para imponerlos al conjunto. En estos pasajes resuena la distinción de Miliband entre Estado y gobierno y su advertencia de que no todo cambio en la cúpula gubernamental significa la asunción de manera directa e inmediata de la totalidad del sistema estatal.

En cuanto al establecimiento de políticas estatales (o públicas), Poulantzas muestra la complejidad que trasciende a una mera manipulación directa de la clase dominante y que también reniega de la posibilidad de definiciones políticas unívocas, pre-establecidas y previsibles. Así, dice que aquellas son “el resultado de las contradicciones de clase inscritas en la estructura misma del Estado (Estado-relación). Captar el Estado como la condensación de una relación de fuerzas entre clases y fracciones de clases tal como éstas se expresan, siempre de modo específico, en el seno del Estado, significa que el Estado está constituido-dividido de parte a parte por las contradicciones de clase”. Y explica que “las contradicciones de clase revisten en el seno del Estado la forma de contradicciones internas entre los aparatos y ramas del Estado, y en el seno de cada uno de ellos, según líneas de dirección a

la vez horizontales y verticales” (*idem*: 159). Esto permite entender porqué el Estado no actúa de un modo homogéneo, coherente y constante, y porqué se presentan acciones contradictorias de las distintas áreas del Estado bajo la conducción de un mismo gobierno. Las contradicciones y las relaciones de fuerza existentes en el seno de las clases dominantes exigen que el Estado provea una organización que permita garantizar la perdurabilidad de la dominación. Pero la organización misma implica que en el seno del Estado se exprese la diversidad de contradicciones y relaciones de fuerza.

Socialismo democrático

Poulantzas dedica el último capítulo de *Estado, poder y socialismo* a formular algunas propuestas teórico-políticas que pueden considerarse como su testamento y como el lúcido señalamiento de cuestiones que tendrían profunda actualidad 30 años después. Paradójicamente, la búsqueda de aunar socialismo y democracia tiene más puntos en común que diferencias sustantivas con los aportes de Miliband, y se inscribe en la senda en la que también se había embarcado el llamado eurocomunismo (aunque con resultados que luego se demostraron desalentadores).

A una década del mayo francés, derrotadas las dictaduras de España, Portugal y Grecia, fracasada la experiencia del gobierno socialista en Chile, en plena desilusión por los horrores del estalinismo y frente al quiebre de las expectativas generadas por la “revolución cultural” china, para Poulantzas lo que se planteaba era el siguiente dilema: “o bien mantener en condiciones el Estado existente, atenerse exclusivamente a la democracia representativa en la que se hacen modificaciones secundarias, lo que lleva al estatismo socialdemócrata y al llamado parlamentarismo liberal, o bien atenerse exclusivamente a la democracia directa de base, o movimiento autogestionario, lo que conduce ineludiblemente, en un plazo más o menos largo, a un despotismo estatista o a una dictadura de los expertos” (*idem*: 313). La cuestión clave es “*cómo emprender una transformación radical del Estado articulando la ampliación y la profundización de las instituciones de la democracia representativa y de las libertades (que fueron también una conquista de las masas populares) con el despliegue de las formas de democracia directa de base y el enjambre de los focos autogestionarios: aquí está el problema esencial de la vía democrática al socialismo y de un socialismo democrático*” (*idem*: 314; subrayado del autor).

Consciente de la extendida presencia del Estado, sostiene que las luchas de las masas populares lo desgarran permanentemente, incluso cuando se trata de aparatos en los

que las masas no están físicamente presentes. Por eso cree que “la vía democrática al socialismo es un largo proceso en el cual la lucha de masas populares no apunta a la creación de un doble poder efectivo, paralelo y exterior al Estado, sino que se aplica a las contradicciones internas del Estado” (*idem*: 315). Este es uno de los aportes más fructíferos que ha dejado abiertas las puertas a nuevas indagaciones y, sobre todo, a formas de lucha más efectivas e innovadoras. Para Poulantzas, “el poder no es una sustancia cuantificable detentada por el Estado que haya que arrebatarse. El poder consiste en una serie de relaciones entre las diversas clases sociales, concentrado por excelencia en el Estado, que constituye la condensación de una relación de fuerzas entre las diversas clases sociales” (*idem*: 316). De modo tal que tomar el poder del Estado no es asaltar ningún Palacio de Invierno, sino que significa, con inocultables reminiscencias gramscianas, “desarrollar una lucha de masas tal que modifique la relación de fuerzas internas en los aparatos del Estado, que son el campo estratégico de las luchas políticas (...) Este largo proceso de toma del poder en una vía democrática al socialismo consiste, esencialmente, en desarrollar, reforzar, coordinar y dirigir los centros de resistencias difusos de que las masas siempre disponen en el seno de las redes estatales, creando y desarrollando otros nuevos, de tal forma que estos centros se conviertan en el terreno estratégico que es el Estado, en los centros efectivos de poder real” (*idem*: 316).

Sin embargo, contra toda ilusión reformista y evocando aquí también el pensamiento gramsciano más genuino, Poulantzas advierte que “modificar la relación de fuerzas internas del Estado no significa reformas sucesivas en una progresión continua, conquista pieza a pieza de una maquinaria estatal o simple ocupación de puestos y cimas gubernamentales” (*idem*: 317). Desechando la mirada ingenua de que es posible la toma del poder “de a pedacitos”, abonada por cierta lectura sesgada de Gramsci hecha por el eurocomunismo, plantea que la lucha tendrá un punto de inflexión clave. Así, dice que la modificación de las relaciones de fuerza del Estado “significa, claramente, un proceso de rupturas efectivas cuyo punto culminante, y habrá forzosamente uno, reside en el basculamiento de la relación de fuerzas a favor de las masas populares en el terreno estratégico del Estado. Esta vía democrática al socialismo no significa, pues, una simple vía parlamentaria o electoral (...) La modificación de la relación de fuerzas en el seno del Estado concierne al conjunto de sus aparatos y de sus dispositivos...” (*idem*: 317).

En un pasaje de enorme actualidad política a la hora de analizar la tensión entre reformismo complaciente y pulsión revolucionaria, dice que la cuestión de “*quién* está en el poder y *para qué* no puede quedar al margen de estas luchas autogestionarias o democracia

directa. Ahora bien, esas luchas y movimientos no pueden (...) tender a una centralización en un segundo poder, lugar que se supone absolutamente exterior al Estado, sino a la modificación de las relaciones de fuerzas en el mismo terreno del Estado” (*idem*: 319). Aquí una clave: la articulación entre democracia política que exprese los intereses generales, con la democracia de base encaminada a resolver las cuestiones específicas de cada sector. “Una transformación del aparato de Estado orientada hacia la extinción del Estado sólo puede apoyarse en una intervención creciente de las masas populares en el Estado por medio ciertamente de sus representaciones sindicales y políticas, pero también por el despliegue de sus iniciativas propias en el seno mismo del Estado” (*idem*; subrayado del autor). Y “todo esto debe ir acompañado del despliegue de nuevas formas de democracia directa de base y del conjunto de focos y de redes autogestionarios” (*idem*: 321).

Poulantzas rechaza así tanto el neotecnocratismo de izquierda (tradición estatista) como el neoliberalismo de los micropoderes exteriores al Estado (tradición libertaria). Afirma que el desafío es articular la transformación del Estado y la democracia representativa con el despliegue de la democracia directa de base y el movimiento autogestionario. Igual que Miliband en *Marxismo y Política*, advierte sobre el viejo peligro de la reacción del adversario burgués y propone un conjuro: “la vía democrática al socialismo no será ciertamente un simple paso pacífico. No se puede afrontar aquí este peligro más que apoyándose en un amplio movimiento popular” (*idem*: 323). En coincidencia con su antagonista inglés, dice que “una cosa es segura: el socialismo será democrático o no será tal” (*idem*: 326). Y finaliza su libro con una invocación: “(los) riesgos del socialismo democrático no se podrían evitar con certeza más que de una sola forma: mantenernos tranquilos y marchar derechos bajo los auspicios y la dirección de la democracia avanzada. Pero ésta es otra historia...” (*ibidem*).

A modo de conclusión

Poulantzas decide terminar con su vida poco después de publicar su último libro. Aunque las razones que llevan a una persona a tan drástica decisión nunca pueden ser explicadas de manera lineal, el suicidio del griego subraya, con la fuerza de un símbolo contundente, el fin de una época que se soñó gloriosa para los sectores populares y el comienzo de otra signada por la regresión de conquistas históricas. La contraofensiva neoliberal y conservadora de los años ochenta y noventa, que había mostrado su rostro trágico en las dictaduras de América latina años antes, ya se prefiguraba con nitidez en Europa. En mayo de 1979, Margareth Thatcher asumía como primera ministra en Gran

Bretaña. En 1980 moría Jean Paul Sartre, Louis Althusser era internado tras estrangular a su mujer y Ronald Reagan se alzaba con la presidencia de los Estados Unidos. La recomposición capitalista brutal “resolvía” la crisis del Estado benefactor, a costa de la derrota de los movimientos populares que la década anterior habían intentado, aunque de modo desarticulado y con intensidad y conciencia diversas, superar los límites impuestos por el sistema. El optimismo del horizonte socialista se iba desvaneciendo y se estrellaría en 1989 contra el muro de Berlín. El “siglo corto” abierto por la Revolución bolchevique, como señaló Hobsbawn, llegaba a su fin.

En ese clima “de época”, el atormentado Poulantzas logra, sin embargo, dejar un legado de fructíferas ideas para pensar nuevos caminos para construir el socialismo, que lo acerca llamativamente a Miliband. Opuestos al burocratismo autoritario de la experiencia soviética, distantes del tecnocratismo timorato de la socialdemocracia y descreídos del libertarismo ingenuo, apuestan a una transformación que aune la potencialidad revolucionaria de la participación y movilización populares desde la base, con la necesaria articulación democrática y plural desde la conducción política del Estado. Casi tres décadas después de formuladas, estas ideas recuperan hoy su vitalidad para pensar alternativas socialistas de nuevo tipo.

ⁱ Este trabajo es el Capítulo 2 de la SEGUNDA PARTE del libro ESTADO Y MARXISMO: UN SIGLO Y MEDIO DE DEBATES. Editorial Prometeo. 1ª edición 2007, 2ª edición 2010. Buenos Aires. ISBN 978-987-574-179-5

^{*} **BIOGRAFIA:** Adolphe (Ralph) Miliband nació en Bruselas el 7 de enero de 1924, en el seno de una familia de comerciantes judíos originarios de Varsovia. En mayo de 1940, lanzada la ofensiva occidental contra el nazismo, Miliband logró escapar a Londres con su padre. Por esa época se hizo marxista y se convirtió en activista de diferentes grupos de izquierda. En enero de 1943 fue electo vicepresidente del Centro de Estudiantes de la prestigiosa *London School of Economics* (LSE), en la que estudiaba desde 1941. Fue el discípulo predilecto del profesor socialista Harold Laski, a quien admiraba mucho pero con quien confrontaba

por sus opciones políticas. De él aprendió las tensiones entre capitalismo y democracia y que los socialistas debían valorar las libertades civiles. Tras su graduación, Miliband se convirtió en un académico profesional en la LSE. Simpatizó con la izquierda del partido Laborista, al que se afilió en 1951 y en el que permaneció sólo un tiempo. Pero el movimiento político más radical poco a poco lo fue arrastrando y se convirtió en un activo miembro de la Nueva Izquierda británica. En realidad, Miliband fue un intelectual socialista independiente que promovió toda su vida la construcción de un nuevo movimiento socialista que superara tanto el vanguardismo leninista como el revisionismo laborista. Desde entonces, fue un docente apasionado, que supo no solo transmitirles a sus alumnos conocimientos de forma clara y precisa, sino entusiasmarlos en el estudio profundo, el rigor intelectual y el debate académico y político fundado.

Su primer libro, "*Socialismo parlamentario: un estudio de las políticas del laborismo*", publicado en 1961, es una ácida crítica al apego dogmático del laborismo inglés al parlamentarismo, causante del aislamiento de los líderes de las masas del partido y el alejamiento de los objetivos más radicales. Este trabajo pronto resultó enormemente influyente entre estudiantes y activistas y fue reconocido como uno de los textos seminales de la Nueva Izquierda Británica. Ese mismo año, Miliband se casó con la joven académica y activista Marion Kozak, con quien tuvo dos hijos: David y Eduard. En 1969 publica *El Estado en la sociedad capitalista*. Entre ese año y 1976 desarrolló una intensa polémica con Nicos Poulantzas en las páginas de la *New Left Review*, que trascendió como *instrumentalismo* versus *estructuralismo* y tuvo una gran trascendencia en el debate sobre el Estado capitalista. En 1972, cansado del aislamiento político que padecía en el claustro de profesores y disgustado por la forma en que las autoridades de la LSE habían manejado las revueltas estudiantiles de los años anteriores, Miliband decidió dejar su puesto para aceptar un cargo de Director del Departamento de Ciencia Política de la Universidad de Leeds. Pero tampoco se sintió conforme con la vida intelectual fuera de Londres, que no sintonizaba con su pensamiento. Después de unos incómodos años allí, Miliband aceptó ofrecimientos en Estados Unidos, donde ocupó diversos puestos académicos temporales, que lo alejaron de su familia durante largos periodos. En 1970 publica *La democracia capitalista en Gran Bretaña* y en 1977, *Marxismo y política*.

Durante los años 80, Miliband se involucró en la tarea de construir y fortalecer una izquierda independiente en Gran Bretaña. En 1981 contribuyó a la fundación de la llamada Sociedad Socialista, con viejos aliados de la *New Left Review* (como Robin Blackburn, Tariq Ali, Michele Barrett, Michael Rustin y Hilary Wainwright), que se proponía articular a la izquierda del Partido Laborista con las varias ramas de los movimientos socialistas independientes. Junto a otros famosos socialistas y activistas en la nueva izquierda (Raymond Williams, Perry Anderson y Tony Benn), confluyeron en el Movimiento Socialista que emergió de las Conferencias Socialistas de Chesterfield, en 1987, dispuestos a enfrentar al tatcherismo y la derechización del Partido Laborista.

Aunque siempre fue profesor, no se sentía cómodo en el ámbito de sus colegas académicos. Se sentía, en cambio, perteneciente a una comunidad de intelectuales socialistas más amplia que la estrechez de las aulas universitarias. Hasta el final de su vida estuvo al frente del anuario *Socialist Register* (que fundara junto a John Saville en 1964) y se empeñó en hacer del socialismo el "sentido común" de la época, esmerándose en una prosa clara y rigurosa (Meiskins Wood). Miliband murió en mayo de 1994, tras una operación del corazón de la que no se repuso, cuando tenía 70 años. No alcanzó a ver editado su último libro, *Socialismo para una época de escépticos*, que estaba aún en la imprenta. [Apuntes biográficos tomados de Newman (2002), Panitch (1995), Barrow (2006) y Meiskins Wood (1995).]

BIOGRAFIA: Nicos Poulantzas nació en Atenas el 21 de setiembre de 1936, en el seno de una tradicional familia. Su padre era abogado y profesor y una destacada figura de la sociedad ateniense. Pasó su niñez en la exclusiva area de Lycabetus, cercana a la Acrópolis. Estudiante precoz de escuelas de elite, asistió al Liceo francés. Muchos de sus compañeros llegaron a ser prominentes figuras, como Kostas Simitis (ex Primer Ministro). Una vez finalizado el bachillerato, en 1953, ingresó en la Facultad de Derecho de la Universidad de Atenas y se recibió en 1957. Si terminó derecho no fue porque esta carrera le interesara mucho, sino porque no había por entonces en su país un desarrollo importante y autónomo de la filosofía y las ciencias sociales, que era lo que realmente le interesaba. Sin embargo, el entrenamiento que Nicos Poulantzas recibió en Derecho fue de gran influencia en sus posteriores trabajos. Durante sus años universitarios, comenzó a simpatizar con el socialismo y el marxismo, participó en el movimiento estudiantil de Atenas y se involucró en la Alianza Democrática Griega, que era una organización amplia y legal del proscrito Partido Comunista. No fue tarea sencilla para el joven Nicos desarrollarse dentro de una orientación política marxista seria, pues la mayor parte de la producción teórica a la que podía acceder durante esta época surgía desde el propio seno del stalinismo. Después de pasar tres años en la marina de su país (el cuerpo que reclutaba a los sectores de la elite social), Poulantzas fue admitido por el Colegio de Abogados, pero nunca ejerció la profesión, ya que se marchó a París. Se incorporó a La Sorbona en 1960, donde obtuvo una codiciada ayudantía y enseñó filosofía del derecho hasta 1964. Ese año terminó su tesis doctoral, que trataba sobre filosofía del derecho y se apoyaba en los aportes de Goldmann y Luckacs. Mientras concluía este trabajo académico, participó intensamente en la vida intelectual francesa, se inscribió en un seminario de Merlau-Ponty, entabló estrechas relaciones con J.P. Sartre (a través de cuya obra hizo su primera aproximación sistemática al marxismo) y S. de Beauvoir e inició un lectura rigurosa de Gramsci. Publicó un artículo en *Les Temps Modernes*, la célebre

revista que dirigía Sartre —y con la cual comenzó a colaborar regularmente— que atrajo la atención de Althusser y desde entonces frecuentó el círculo de jóvenes marxistas que seguían al filósofo comunista (Balibar, Macherey, Rancière, Debray). Como muchos de ese grupo, comenzó a simpatizar con el maoísmo. Ya convertido en uno de los alumnos predilectos de Althusser, trabajó en el Departamento de Sociología en la Universidad de Vincennes. En 1968, tras una división interna en el comunismo griego derivada de divergencias por el “golpe de los coroneles” de 1967, Poulantzas adhiere al Partido Comunista Griego del Interior -escindido del PCG pro-soviético-, que años más tarde se incluiría en la corriente eurocomunista. Se casó en 1966 con una joven novelista, Annie Leclerc, con la que tuvo una hija, Ariane, en 1970. A pesar de que su formación inicial era jurídica, Nicos Poulantzas comenzó a reorientar sus estudios hacia el Estado capitalista como un todo, y no simplemente en su aspecto legal. Para ello se valdrá de los aportes realizados por la filosofía francesa (inicialmente los trabajos realizados por Sartre y Goldmann y, posteriormente, Althusser) y el marxismo italiano (incluida la escuela de Della Volpe y, mas significativamente, la obra de Gramsci). Asimismo, se vio influenciado por los trabajos del marxismo británico (especialmente a través de la revista *New Left Review*, y dos de sus editores, Tom Nair y Perry Anderson). En 1968 publica *Poder político y clases sociales*, y a partir de 1969 y hasta 1976 desarrolla una intensa polémica con Ralph Miliband en las páginas de la *New Left Review*, que trascendió como *instrumentalismo versus estructuralismo* y tuvo una gran trascendencia en el debate sobre el Estado capitalista. En 1970 Poulantzas edita *Fascismo y dictadura*, y en 1974 aparece su *Las clases sociales en el capitalismo de hoy*. Dos años después, publica *La crisis de las dictaduras* y coordina el volumen colectivo *La crisis del Estado*. En 1978 sale su último trabajo: *Estado, Poder y Socialismo*. La descomposición de la alianza de la izquierda francesa, el ascenso de las ideas neoliberales y el creciente rechazo a las ideas marxistas que sobrevino en esos años lo afectaron profundamente en lo personal y en su carrera como profesor universitario. Cuenta Macciocchi: “Nikos era joven, robusto, de alto cuerpo estatuaria y, sin embargo, había sido el primero en quebrantarse bajo el destino de derrota, que él enlazaba con la descomposición de la *Unión de la Gauche*. Nuestro último encuentro es de junio del 79. Nos vimos, como siempre, comiendo en la Rue des Ecoles. Nikos está excitado porque nos han zurrado, a él, a Foucault y a mí, en Vincennes. En *Le Monde* (28 de marzo del 79) me releo una noticia cruel. Un tipo de cabeza hirsuta, una especie de sosias de Proudhon, se sube a una silla y vocifera: ‘Nikos, al tercer párrafo de tu libro me da dolor de cabeza. Y si no lo entiendo es porque no hay nada que entender’ (...) ‘¿Le contestamos a *Le Monde*?’, me pregunta (Nikos). Se tortura, odia el viejo dogmatismo ortodoxo, pero siente alzarse a su alrededor la ferocidad de los provocadores que trabajan por el suicidio de la Universidad. Siente la hostilidad de los nuevos intelectuales, los antimarxistas a la moda, los ortodoxos de la antiortodoxia” (1987: 476). Poulantzas se suicidó el 3 de octubre de 1979, a los 43 años, arrojándose del vigésimonoveno piso de un edificio de Montparnasse, uno de los barrios populares de París, donde vivía su colega y amigo Constantinos Tsoukalas. Cuentan que llevaba en sus manos un maletín con sus trabajos. Así se recuerda su entierro: “En el cementerio de Montparnasse sentimos un viento de destrucción soplar sobre un largo período de vida intelectual, uno de cuyos protagonistas había sido Nikos. En nuestro desalentado grupo de profesores entrevisté a Althusser” (Macciocchi 1987: 476/477). [Las principales referencias biográficas se toman de Hall (1980), Jessop (1985), Macciocchi (1987), Casanova y Larumbe (2000), y de la información que gentilmente proporcionaron para este artículo Isidoro Cherevsky y Peter Bratsis]